

Ejercicios espirituales a los obispos españoles

Card. Jorge Mario Bergoglio

PLÁTICA INTRODUCTORIA - «EL SEÑOR DESPIDE A LOS RICOS CON LAS MANOS VACÍAS»

Quisiera comenzar con las palabras que usaron Ustedes en el documento del final de siglo, cuyo tono de Magnificat es tan consolador: «Nos mueve antes que nada el deseo de dar gracias a Dios y de alabarle, porque, en medio de todo, su misericordia llega a sus fieles de generación en generación » (Le 1, 50). Nos sentimos también llamados a la conversión, impulsados a pedir y recibir el perdón de Dios y gozosos de renovar nuestra fe, nuestra esperanza en sus promesas.

Como en María, la acción de gracias –la adoración y la alabanza– funda nuestra memoria en la misericordia del Dios que nos sostiene, y la esperanza en Él nos pone en pie para combatir el buen combate de la fe y de la caridad para con nuestro pueblo.

Al comenzar los Ejercicios Espirituales es bueno insistir mucho en la oración, para que el Espíritu Santo, que sabe escribir e imprimir en nuestros corazones todo lo bueno, nos regale el don de la esperanza, y que nosotros estemos atentos para recibirlo. Esa esperanza que es más que el optimismo. La esperanza que no es bullanguera, que no le teme al silencio, que se arraiga como las raíces en el invierno. La esperanza es cierta, nos la da el Padre de la Verdad. Discierne lo bueno y lo malo. No rinde culto a lo óptimo (no cae en el optimismo) ni se cree segura en lo pésimo (no es pesimista).

Porque la esperanza discierne entre el bien y el mal, es combativa; y combate sin ansiedad ni obcecación, con la firmeza de quien sabe que corre a una meta segura, como esperanzadamente lo dice el autor bíblico: «dejemos toda carga inútil y liberémonos del pecado que nos asedia, para correr con perseverancia en la prueba que nos espera» (Heb. 12:1). Precisamente pedir una esperanza combativa es mi propuesta al comienzo de estos Ejercicios.

El Magnificat contra las actitudes de desesperanza institucional

Como esta esperanza combativa es también obra de discernimiento, quizá nos sea útil recorrer actitudes desesperanzadas que a veces se anidan en el corazón de las Instituciones a las que pertenecemos. Estas actitudes desesperanzadas siguen los mismos escalones del antireino: comienzan por ser poco pobres, siguen vanas y terminan empachadas de soberbia.

El Magnificat se canta en pobreza

El Señor despide a los ricos con las manos vacías. Muchas veces nuestra falta de esperanza es señal de riquezas escondidas, de falta de pobreza evangélica. Ante la escasez de vocaciones, algunas veces hacemos diagnósticos de ricos, de ricos en la sabiduría de las ciencias antropológicas modernas, que con su aire de suficiencia y totalidad, nos aleja de la oración de súplica y ruego pobre al Dueño de la mies. Ante la magnitud y la complejidad de los problemas que presenta el mundo moderno, la pobreza de las soluciones que están a nuestro alcance se disfraza de riqueza sin llegar muchas veces a percatarse de que se trata de una riqueza herrumbrosa, pues es una riqueza de solas críticas. Entonces optamos por la riqueza de lo negativo. En fin, así podríamos seguir enumerando. Estos indicios de nuestro apego a la riqueza sería bueno que en estos Ejercicios los sometamos a la oración, y que el Señor quiera despojarnos de estas actitudes que son ricas en cuanto desesperanzadas, y que nos recuerde que la esperanza del Reino tiene dolor de parto.

El Magnificat se canta en pequeñez y humillación

En una tierra no arada por el dolor el fruto estará condenado a la inconsistencia (Le 8,13). Son muchas las vanidades que se nos filtran, pero la vanagloria más común entre nosotros, aunque parezca paradójico, es la del derrotismo. Y es vanagloria porque se prefiere ser general de los ejércitos derrotados a simple soldado de un escuadrón que, aunque diezmado, sigue luchando. ¡Cuántas veces soñamos con planes expansionistas propios de generales derrotados! Curiosamente, en esos casos, negamos nuestra historia de Iglesia que es gloriosa porque es historia de sacrificios, de esperanzas, de lucha cotidiana. De una fe que se abrió paso en medio de recursos humanos muy precarios, que en vez de desalentar animaban a nuestros mayores. Porque su esperanza era más fuerte que las contradicciones.

El Magnificat se canta en humildad

La soberbia nos ha llevado algunas veces al desprecio de los medios humildes del Evangelio. Hay un párrafo de las Constituciones de la Compañía que se aplican muy bien a la Iglesia toda. Dice San Ignacio: «Porque la Compañía (la Iglesia), que no se ha instituido con medios humanos, no puede conservarse ni aumentarse con ellos, sino con la mano omnipotente de Cristo Dios y Señor nuestro; es menester en Él sólo poner la ESPERANZA de que Él haya de conservar y llevar adelante lo que se dignó comenzar para su servicio y alabanza y ayuda de las ánimas» (Const. X,

1). Si el Señor nos regala el vivir esto que nos pide San Ignacio habremos llegado a la humildad de sentirnos mayordomos, pero no amos, humildes servidores, como nuestra Señora, y no príncipes. Y esta humildad se alimenta en el oprobio y el menosprecio, no en el halago y la autocomplacencia.

Quisiera proponerles el ejemplo evangélico de las vírgenes prudentes. Olfateo que allí hay una enseñanza que necesitamos como Iglesia. Ustedes recuerdan, las vírgenes prudentes se niegan a compartir su aceite, y esto hace que, en una lectura rápida e inadvertida, se las condene (se las llene de oprobios) por mezquinas y egoístas. Una lectura más profunda nos muestra la grandeza de su actitud, pues no repartían lo irrepartible, no arriesgaban lo inarriesgable: el encuentro con su Señor y el precio de ese encuentro. Quizás en la Iglesia oprobio y menosprecio nos sobrevenga si, por seguir al Señor, dejamos de «probar los bueyes», de «comprar el campo», y de «contraer, nupcias» (Lc. 14, 18-20). Y en el seguimiento del Señor nuestra humildad será pobre, porque estará muy cerca de saber «lo esencial»: lo que viene bien y lo que viene mal, sin perderse en los engaños de las riquezas Y porque la vida de Dios en nosotros no es un lujo, sino el pan cotidiano, la cuidaremos con nuestra oración y penitencia. Ese espíritu de oración y penitencia, aun en las grandes adversidades, nos hará avizorar esperanzados el camino de Dios.

EL SEÑOR QUE NOS FUNDA - «PABLO VI NOS DICE: JESÚS QUIERE HOMBRES QUE NO SE DEJAN APRISIONAR POR LA POLÍTICA»

Al comenzar los Ejercicios San Ignacio nos pone frente a Jesucristo nuestro Señor, Creador y Salvador nuestro: «El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor, y mediante esto salvar su alma; y las otras cosas sobre la faz de la tierra son criadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es criado. De donde se sigue que el hombre tanto ha de usar de ellas, cuanto le ayudan para su fin, y tanto debe quitarse de él, cuanto para ello impiden. Por lo cual es menester hacemos indiferentes a todas las cosas criadas en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío, y no está prohibido; en tal manera que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, y por consiguiente en todo lo demás; solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos criados» (EE 23).

Mirar al Señor

En este Principio y Fundamento, cuando nos habla de cuáles han de ser nuestras actitudes de criaturas salvadas y que buscan su salvación, Ignacio nos da la imagen de Cristo, creador y salvador nuestro. Y cuando nos presenta el programa de la indiferencia y de la discreta generosidad para elegir «lo que más nos conduce», nos presenta al «Cristo siempre mayor», al «Deus semper maior», al «intimior intimo meo». Esta imagen del «Deus semper maior» es la más propia de Ignacio, es la que nos saca de nosotros mismos y nos eleva a la alabanza, a la reverencia y al deseo de más seguimiento y de mejor servicio. Por este Señor y para él «el hombre es creado».

Con la mirada de María

La mirada de María en el Magníficat puede ayudarnos a contemplar a este Señor siempre más grande. La dinámica del «magis» inspira el ritmo del Magníficat, que es el canto que la pequeñez entona a la Grandeza. Esa grandeza del Señor, contemplada con los ojos puros de María, purifica nuestra mirada, nos purifica la memoria en sus dos movimientos: el de «recordar » y el de «desear». La mirada de nuestra Señora es combativa en el recordar: nada ensombrece ni mancha el pasado, las grandes cosas que el Señor hizo. Ella «miró con bondad en su pequeñez» y este amor primero es fundamento de toda su vida. Por eso la memoria de María es memoria agradecida.

Miramos con ella nuestros «principios» y pedimos la gracia de ver allí cómo «el Señor nos amó primero» (que en eso consiste el amor, como dice Juan). A la luz de Cristo, «Imagen de Dios invisible, Primogénito de toda la creación, que existe con anterioridad a todo y todo tiene en él su consistencia» (Col1,15-17), recordamos nuestros principios: nuestro principio en Dios, el principio de nuestra vida cristiana, el principio de nuestra vocación, el principio de nuestra vida sacerdotal y episcopal... Sentimos la mirada del Señor en estos principios de nuestra vida, esa mirada que consolida, que funda. Y la sentimos rezando el Magnificat para que la mirada de María fortalezca la nuestra y en ella nos animemos a sostenerle la mirada al Señor.

El principio y fundamento de nuestra misión episcopal

De manera especial, en este marco de acción de gracias del que brota la alabanza al Señor por los dones recibidos y la reverencia al Donante mismo, nos detenemos en el principio y fundamento de nuestra misión episcopal. Pedimos la gracia de vernos constituidos por ella de tal manera que, desde allí, nos reencontremos con el hecho de fe de ser creados y salvados por el mismo Señor que nos llama ahora a ejercitarla «indiferencia» y buscar la discreta generosidad del mayor servicio en esta misión específica.

El rechazo a la misión

En la meditación podrán Ustedes sentir la necesidad de ubicar su momento personal frente a esta misión: las esperanzas y desesperanzas, ilusiones y desilusiones, desánimos, prejuicios... Les sugeriría que consideraran delante del Señor algunas frases que forman parte del «folklore de los presbíteros» y cuya consistencia es bueno constatar delante del Señor. Son sólo algunas; cada uno agregará otras de su repertorio inédito, conforme el Señor los inspire en la oración:

Lo que en un comienzo quizás fue: «yo no soy para esto» puede haberse ido transformando en un «ya no estoy para esto», «Este pueblo, este presbiterado, esta diócesis, me cansa con sus quejas y reclamos Quizás trabajaría con gusto si se dieran otras condiciones... y las condiciones serían para mí».

En nuestra pequeñez se muestra su grandeza

La Revelación nos ha conservado, para nuestro consuelo, esa peculiar relación que se entabla entre el Señor y aquél a quien misiona: Moisés, Isaías, Jeremías, José,

Juan Bautista. Todos ellos han sentido la indigencia de sus posibilidades ante el pedido del Señor: «¿Quién soy yo para ir a Faraón y sacar de Egipto a los hijos de Israel?» (Ex 3, 11); «Ay de mi que estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros» (186, 5); «Ah Señor, mira que no sé expresarme, que soy un muchacho» (Jerem 1, 6); «Soy yo quien necesita ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?» (Mt. 3, 14), José, que resuelve «repudiar a María en secreto. Así lo tenía planeado» (Mt 1, 19-20).

Es la resistencia inicial (y permanente), el no poder comprender la magnitud del llamado, el miedo a la misión. Esta señal es de buen espíritu, sobre todo si no se queda allí y permite que la fuerza del Señor se exprese sobre esa debilidad y le dé consistencia, la funde: «Yo estaré contigo y ésta será la señal de que yo te envío: Cuando hayas sacado al pueblo de Egipto daréis culto a Dios en este monte» (Ex 3, 12); «He aquí que esto ha tocado tus labios: se ha retirado tu culpa, tu pecado está expiado» (Is 6,7); «No digas: soy un (muchacho, pues adondequiera que yo te envíe irás, y todo lo que te mande dirás. No les tengas miedo que contigo estoy yo para salvarte» (Jerem 1,8); «Déjame ahora, pues (conviene que así cumplamos toda justicia» (Mt 3, 15); «José, hijo de David, no temas tomar contigo a María tu esposa, porque lo concebido en ella viene del Espíritu Santo» (Mt 1,20).

Fundados en nuestra pertenencia a la Iglesia

El Señor, al darnos la misión, nos funda. Y lo hace no con la funcional consistencia de quien da una ocupación o empleo cualquiera, sino con la fortaleza de su Espíritu, de tal modo nos hace pertenecer a esa misión, que nuestra identidad quedará sellada por ella. Identificarse es pertenecer, pertenecer es participar en lo que Jesús funda, y Jesús nos funda en su Iglesia, en su santo pueblo fiel, para gloria del Padre. Nuestras frases folklóricas. Como obispos nacen quizá del mismo sentimiento que inspiraba los rechazos a la misión de Moisés, Isaías, Juan... Sólo nos queda permitir que el Señor nos hable y ubique en su real dimensión nuestro miedo, nuestra pusilanimidad, nuestro egoísmo.

Formarse y radicarse en la Iglesia

Pablo VI a propósito de las denominadas comunidades de base, nos da los criterios de fundación que Jesús quiso para su Iglesia. Estos criterios pueden ser luz para nuestra reflexión de hoy y el examinar de nuestra conciencia. La actitud fundacional básica es formarse en la Iglesia. Hombres radicados y fundados en la Iglesia: así nos quiere Jesús. Hombres que:

–Buscan su alimento en la Palabra de Dios y no se dejan aprisionar por la polarización política o por las ideologías de moda, prontas a explotar su inmenso potencial humano. Evitan la tentación siempre amenazadora de la contestación sistemática y del espíritu hipercrítico, bajo pretexto de autenticidad y de espíritu de colaboración;

–Permanecen firmemente unidos a la iglesia local en la que le insertan, y a la Iglesia universal, evitando así el peligro: muy real de aislarse en sí mismos, de creerse, después, la única auténtica Iglesia de Cristo, y finalmente, de anatematizar a las otras comunidades (y hombres) eclesiales;

–Guardan una sincera comunión con los Pastores que el Señor ha dado a su Iglesia y al Magisterio que el Espíritu de Cristo les ha confiado. No se creen jamás el único destinatario o el único agente de evangelización, esto es, el único depositario del Evangelio; sino que, conscientes de que la Iglesia es mucho más vasta y diversificada, aceptan que la Iglesia se encarna de formas que no son las de ellos. Crecen cada día en responsabilidad, celo, compromiso e irradiación misioneros; se muestran universalistas y no sectarios» (Ev. Nunt. 58).

Memoria de nuestros mayores como defensa contra las doctrinas disolventes

El Señor que nos funda nos evoca, como dije anteriormente, la imagen del Señor siempre mayor que San Ignacio nos propone en el Principio y Fundamento. Meditemos y oremos hoy sobre este dejarnos fundar por el Señor y –a la vez– como pastores, ayudar a fundar en la misión encomendada: fundar corazones cristianos. Recuperemos la memoria de tantos celosos presbíteros y obispos que hemos conocido y que ya han visto el Rostro de Cristo. (Cfr. Pastores Gregis n.65) «Esta memoria nos fortalecerá el corazón» y nos defenderá de dejarnos seducir por doctrinas varias y extrañas (cfr. Heb13,9), esas doctrinas que nada fundan sino que más bien son disolventes del sólido fundamento de un corazón sacerdotal; doctrinas que no alimentan al pueblo fiel de Dios, y con las cuales adquieren actualidad las reflexiones del Dante: «No dijo Cristo a su primer convento: «Id y predicad patrañas al mundo», sino que les dio la verdad del cimiento, y ésta resonó en sus bocas, de tal modo que al luchar para encender la fe, del Evangelio hicieron escudo y lanza». En cambio, en vez de escudo y lanza, las doctrinas seductoras y disgregantes debilitan el corazón del santo pueblo fiel de Dios, pues las ovejuetas ignorantes vienen a pacer llenas de «viento».

Repitámonos, como cobrando fuerzas con el recuerdo de tantos pastores que nos precedieron, la exhortación de la carta a los Hebreos: «Por tanto, también nosotros, teniendo en torno nuestro tan gran nube de testigos, sacudamos todo lastre y el pecado que nos asedia, y corramos con fortaleza la prueba que se nos propone, fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consuma la fe, el cual, en lugar del gozo que se le proponía, soportó la cruz sin miedo a la ignominia y está sentado a la diestra del trono de Dios. Fijaos en aquel que soportó tal contradicción de parte de los pecadores, para que no desfallezcáis faltos de ánimo. No habéis resistido todavía hasta llegar a la sangre en vuestra lucha contra el pecado» (Hb 12, 14).

Dimensión pastoral de nuestro estar fundamentados en Cristo

Jesús instauró el Reino de Dios. Con su Palabra y su vida lo fundó de una manera irreversible: para nosotros pertenecer a él es un valor indeclinable. Y a nosotros nos funda como pastores de su pueblo, así nos quiere. No podemos prescindir, al hablar de nuestro fundamento, de esta dimensión pastoral de nuestra vida.

Como María, una vez fundados en el amor misericordioso del Dios más grande, una vez consolidados en nuestra pequeñez por su mirada amorosa, una vez que hemos experimentado su salvación y las grandes cosas que hizo por nosotros, nos animamos a mirar la historia, a mirar al pueblo que nos fue confiado y a mirarlo con la mirada esperanzada de nuestra Señora.

Pienso que, en la meditación, nos puede ayudar ir recorriendo un documento pastoral, que es una verdadera convocatoria a dejarnos fundar nuevamente, como pastores, por Cristo nuestro Señor.

Por ello propongo algunos pasajes de la *Evangelii Nuntiandi*. A la luz de esta doctrina, reflexionar sobre nosotros mismos para sacar algún provecho. Jesús mismo tiene una misión: «Proclamar de ciudad en ciudad, sobre todo a los más pobres, con frecuencia los más dispuestos, el gozoso anuncio del cumplimiento de las promesas y de la Alianza propuestas por Dios, tal es la misión para la que Jesús se declara enviado por el Padre; todos los aspectos de su Misterio –la misma Encarnación, los milagros, las enseñanzas, la convocación de sus discípulos, el envío de los Doce, la cruz y la resurrección y la continuidad de su presencia en medio de los suyos– forman parte de su actividad evangelizadora» (Ev. Nunt. 6).

Y, con su actividad evangelizadora, Cristo «anuncia ante todo un reino, el reino de Dios; tan importante que, en relación a él, todo se convierte en «lo demás» que es

dado por añadidura. Solamente el reino es, pues, lo absoluto y todo el resto es relativo» (Ev. Nunt. 8).

El Señor funda el reino; podremos seguir esta meditación contemplando las diversas maneras con que Jesús describe «la dicha de pertenecer a ese reino, una dicha paradójica hecha de cosas que el mundo rechaza; las exigencias del reino y su carta magna, los heraldos del reino, los misterios del mismo, sus hijos, la vigilancia y fidelidad requerida, a quien espera su llegada definitiva» (Ev. Nunt. 8). El Señor nos funda en su reino, su Espíritu nos hace sentir la dicha de la pertenencia, que encierra el misterio de nuestra identidad.

Jesús funda una comunidad evangelizada y evangelizadora

Jesús funda una comunidad evangelizada y evangelizadora a la vez, pues «quienes acogen con sinceridad la Buena Nueva, mediante tal acogida y la participación en la fe, se reúnen pues, en el nombre de Jesús para buscar juntos el reino, construirlo, vivirlo.

Ellos constituyen una comunidad que es a la vez evangelizadora. La buena nueva del reino que llega y que ya ha comenzado es para todos los hombres de todos los tiempos. Aquellos que ya la han recibido y que están reunidos en la comunidad de salvación pueden y deben comunicarla y difundirla» (Ev. Nunt.13).

La dicha de nuestra vocación: evangelizar

Es que «la tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia; una tarea y misión que los cambios amplios y profundos de la sociedad actual hacen cada vez más urgentes. Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar, es decir, para predicar y enseñar, ser canal del don de la gracia, reconciliar a los pecadores con Dios, perpetuar el sacrificio de Cristo en la Santa Misa, memorial de su Muerte y Resurrección gloriosa» (Ev. Nunt. 14).

En nuestro caso, la dicha de nuestra vocación, nuestra identidad como comunidad evangelizadora consiste en dejarnos convocar «para proclamar con autoridad la Palabra de Dios, para reunir al pueblo de Dios que estaba disperso, para alimentar a este Pueblo con signos de la acción de Cristo que son los sacramentos, para ponerlo en el camino de la salvación, para mantenerlo en esa unidad de la que nosotros somos –a diferentes niveles– instrumentos activos y vivos, para animar

sin cesar a esta comunidad reunida en torno a Cristo siguiendo la línea de su vocación más divina» (Ev. Nunt. 68).

Fundando corazones cristianos somos fundados y arraigados en Cristo

Es decir, nuestra misión, la que nos da miedo y nos lleva a pronunciar frases como las que mencioné al principio, es evangelizar, pastorear al pueblo fi el de Dios. Y esta misión nos funda en nuestra vocación... Jesús, al llamarnos a ella, nos funda en lo más hondo de nuestro corazón: nos funda como pastores, que es nuestra identidad. En el ejercicio de nuestro ministerio estamos también colaborando con Cristo fundando corazones cristianos, y –a la vez– por ese mismo trabajo que hacemos, el Señor funda y arraiga nuestro corazón en el Suyo.

Piedad como valor religioso fundante, como hermenéutica fundamental de nuestra teología

Esta comunidad que Jesús funda «sitúa al hombre objetivamente en relación con el plan de Dios, con su presencia viva, con su acción; hace hallar de nuevo el misterio de la Paternidad divina que sale al encuentro de la humanidad. En otras palabras, nuestra religión instauró efectivamente una relación auténtica y viviente con DIOS» (Ev. Nunt. 53).

No puede estar ausente de ésta nuestra tarea de fundar la unción nacida del contacto directo con la fidelidad del Señor de la Historia. Nuestra Teología debe ser piadosa si quiere ser fundante, si pretende dejarse fundar por el Señor. Piedad que no resulta de un barniz a actitudes de reflexión o investigación previas. No, esta piedad es –por decirlo así– la hermenéutica fundamental de nuestra teología. Es vida. Cuando –en nuestra vida cotidiana– sentimos la presencia de Dios, no queda sino decir «Dios está aquí», y cuando Dios está lo primero que hay que hacer es ponerse de rodillas. Luego viene el intelecto humano a profundizar y explicar cómo está Dios allí. Aquello de la «fides quaerens intellectum», o de las anécdotas que nos relataban de los santos estudiando teología de rodillas. Para nosotros vale también el juicio del Papa cuando indica que «la evangelización comprende la predicación del misterio del mal y de la búsqueda activa del bien. Predicación asimismo, y ésta se hace cada vez más urgente, de la búsqueda del mismo Dios a través de la oración, sobre todo de adoración y de acción de gracias, también a través de ese signo visible del encuentro con Dios que es la Iglesia de Jesucristo; comunión que a su vez expresa mediante la participación en esos otros signos Cristo viviente y operante en la Iglesia que son los sacramentos». En fin, no

olvidar qué es aquello que estamos llamados a fundar y sobre lo cual dejarnos fundar por el Señor: «la totalidad de la evangelización que, aparte de la predicación del mensaje, consiste en implantar la Iglesia, la cual no existe sin este respiro de la vida sacramental culminante en la Eucaristía» (Ev. Nunt. 28).

EL SEÑOR QUE NOS REPRENDE Y NOS PERDONA - «POR MIEDO A PASAR UN MAL TRAGO VAMOS TAPANDO COSAS QUE SE CONVIERTEN EN UN ESCÁNDALO MAYOR»

Es notorio en el Evangelio que el Señor alerta, corrige y reprende más a los que le son más cercanos: a los discípulos y entre ellos especialmente a Pedro. Y lo hace como para que quede claro que el ministerio es pura gracia, que no depende de los méritos del elegido para la misión y que ser corregido una y otra vez en ese ámbito de la elección gratuita y de la fidelidad definitiva por parte del Señor es signo de mayor misericordia.

Por eso vamos a meditar sobre nuestros pecados desde la perspectiva de la elección del Señor y de su llamado a la conversión y al seguimiento. El Señor es siempre más grande y cuando nos llama a la conversión, lejos de achicarnos, nos agiganta en su Reino. De la mano de la reprensión del Señor viene su misericordia abundante.

La primera confesión de Simón Pedro

Les propongo como primer punto de meditación el pasaje de Lucas sobre la vocación de los primeros discípulos y lo que llamo la primera confesión de Simón Pedro. (5,1-11) La escena se desarrolla en el ámbito de la evangelización. El Señor enseña a la multitud desde la barca de Simón y luego se los lleva mar adentro, y allí les regala la primera pesca milagrosa. Al ver esto, Simón Pedro se confiesa pecador. Y el Señor ahí mismo lo convierte en Pescador de hombres. Conversión y misión quedan así unidas en el corazón de Simón Pedro. El Señor acepta su «aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador» pero lo reorienta con su «Yo te haré pescador de hombres».

De allí en más, Simón Pedro nunca separará estas dos dimensiones de su vida: siempre se confesará pecador y pescador. Sus pecados no lo harán defecionar de la misión recibida (no se volverá un pecador aislado y ensimismado en su culpa). Su misión no le hará enmascarar su pecado, como les sucedía a los fariseos. En esta gracia primera se funda luego toda corrección del Señor y toda nueva conversión. No hay verdadera conversión del pecado que no se extienda al ámbito de la misión, al deseo de convertir y ganar a otros para aquel que nos perdonó y nos ganó a nosotros. La verdadera conversión siempre es apostólica, siempre es dejar de mirar «los propios intereses» para mirar los «intereses de Cristo Jesús». Así como tampoco hay verdadera misión de evangelizar y ayudar a los demás a

cumplir lo que Jesús nos enseñó, que no parta de esta conciencia de que somos pecadores perdonados.

El Señor nos reprende nuestra expulsividad, que proviene de nuestra falta de caridad

En la multiplicación de los panes, los discípulos le van con un planteo al Señor: «El lugar está deshabitado y ya es hora avanzada. Despide a la gente para que vayan a las aldeas y pueblos del contorno a comprarse de comer» (Me 6, 35-38). Es un planteo razonable, pero el Señor responde de manera inesperada: «Denles ustedes de comer». Esta actitud «expulsiva» es característica de los discípulos y será corregida una y otra vez por el Señor. También querrán que «despida» rápido a la Sirofenicia (Mt 15, 23) y «reñían» a las mujeres que le acercaban los niños para que los bendijera (Me 10, 13).

Por otro lado, vemos también por dónde iban los intereses de los discípulos al ver que muchas de sus discusiones giraban en torno a quién era el mayor. Con firmeza y con paciencia el Señor los va corrigiendo. Él no tiene apuros para despedir a la gente ni le molesta que se le acerquen. El Señor no pone límites al acercamiento de la gente, Él es el prójimo por excelencia, el que viene, el Dios con nosotros, el Dios que estará con nosotros todos los días hasta el fin del mundo. El despojo que supone esta apertura del Señor, esta cercanía, este dejarse tocar por la gente que lo reclama y lo va como deshilachando, sacándole gracia tras gracia, es un despojo total que tendrá su expresión máxima en la Cruz pero que el Señor fue viviendo día a día. La conversión de nuestros pecados, de nuestro egoísmo, apunta a este estar disponibles para los demás. La misión del pastor de «incluir» a todas las ovejas (también la de esos «otros rebaños» de los que habla el Señor) implica una verdadera conversión de nuestros egoísmos de modo que a la hora de la verdad estemos bien dispuestos para recibir a todos y no nos vayamos convirtiendo en expulsivos por cuestiones de carácter o estrechez de miras. Quizás a esta altura de la meditación convendría que como pastores revisemos qué problemas nos planteamos y cómo nos los planteamos, qué margen le dejamos al Señor; también si nuestras soluciones son de fe y de caridad o están más bien comandadas por una actitud de estrechez pastoral que tendría su expresión en el «que se las arreglen». O por el contrario, es tal la ansiedad que despierta en nosotros el querer solucionarlo todo sin el Señor que termina siendo estéril preocupación lo que debió ser trabajo de servidor fiel.

El Señor nos reprende por los miedos que provienen de nuestra falta de fe

En el pasaje de la tempestad calmada, los discípulos despiertan al Señor con un grito de reclamo: «¡Maestro! ¿No te importa que perezcamos? ». El Señor, luego de calmar la tormenta, los calma a ellos con un reproche cariñoso y aleccionador: «¿Por qué tanto miedo? ¿Cómo no tienen fe?» (Mc 5, 35-41). De nuevo los calmará cuando se fatigaban remando con viento en contra, yendo hacia ellos por el agua: «Ánimo! Soy Yo, no teman» (Mc 6,45-52).

El Señor, reprochándoselo, les hace conectar su miedo con su falta de fe. Quiere persuadirlos que Él es más que la prueba, que las dificultades, que la tentación. Pienso que esto se repite entre nosotros: por miedo caemos en pecado. Así por ejemplo, hay pastores que no cumplen su misión porque tienen miedo de caer en el autoritarismo.

Otros, por temor a que pueda haber pecadores en su comunidad, cometen el pecado de no comprender y de no esperar. A veces, por miedo a no triunfar en la conducción, tratamos de sacarnos de encima al súbdito difícil. O por miedo a pasar un mal trago vamos tapando y dejando pasar cosas que luego se convierten en escándalo mayor.

El miedo hace ver fantasmas, hasta el punto de que a veces el Señor mismo es quien se nos aparece y lo confundimos con un fantasma. La fe, en cambio, nos serena y nos fortalece, evitando las reacciones compulsivas propias del miedo: tanto las de cobardía como las de temeridad (porque el miedo a veces se disfraza de bravura y nos hace cometer pecado de temeridad allí donde debió existir cautela evangélica; cfr. Mc 14,29, cuando el Señor corrige la temeridad de Pedro, que afirma que nunca se escandalizará de él).

Cuando Pablo VI nos hablaba del esfuerzo orientado al anuncio del Evangelio a los hombres de nuestro tiempo, nos señalaba una de las realidades nuestras más notorias: «Exaltados por la esperanza, pero a la vez perturbados con frecuencia por el temor y la angustia» (Ev. Nunt.1). Esperanzas y temores se entrelazan incluso en nuestra vida de apóstoles, en los momentos en que hemos de decidir por modalidades de nuestro trabajo. No podemos arriesgarnos a decidir sin el discernimiento de esos temores y esperanzas, porque lo que se nos pide es nada menos que «en estos tiempos de incertidumbre y malestar cumplamos (nuestro ministerio sacerdotal) con creciente amor, celo y alegría» (Ev. Nunt.1), y esto no se improvisa.

Para nosotros, hombres de Iglesia, este planteo trasciende cualitativamente toda visión de las ciencias positivas, apelando a una visión original, a la misma originalidad del Evangelio. Encontrarnos con esta fuerza es el fin de estos Ejercicios. Reencontramos y consolarnos con la «comunicación de nuestra común fe» (Rom 1, 12), abreviar nuestro corazón de apóstol misión, la cohesión en ella precisamente para recuperar la coherencia de nuestra como cuerpo apostólico, la consonancia de nuestro pensar con nuestro sentir y nuestro hacer.

Encontrarnos con nuestra fe, con la fe de nuestros padres, que es en sí misma liberadora sin necesidad de añadirle ningún aditamento, ningún calificativo.

Esa fe que nos hace justos ante el Padre que nos creó, ante el Hijo que nos redimió y llamó a su seguimiento, ante el Espíritu que actúa directamente en nuestros corazones.

Esta fe que –a la hora de optar por decisiones concretas– nos llevará, bajo la unción del Espíritu, a un conocimiento claro de los límites de nuestro aporte, a ser inteligentes y sagaces en los medios que utilicemos, en fin, nos conducirá a la eficacia evangélica tan lejana de la inoperancia intimista como del descuelgue fácil.

Nuestra fe es revolucionaria, es fundante en sí misma.

Es una fe combativa, pero no con la combatividad de cualquier escaramuza, sino con la de un proyecto discernido bajo la guía del Espíritu para un mayor servicio a la Iglesia.

Y, por otro lado, el potencial liberador le viene no de ideologías sino precisamente de su contacto con lo santo: es hierofánica. Pensemos en la Virgen «intercesora», en los Santos, etc.

Por lo mismo que la fe es tan revolucionaria será continuamente tentada por el enemigo, aparentemente no para destruirla sino para debilitarla, hacerla inoperante, apartarla del contacto con el Santo, con el Señor de toda fe y toda vida. Y entonces vienen las posturas que, en teoría, nos parecen tan lejanas, pero que si examinamos nuestra práctica apostólica las veremos escondidas en nuestro corazón pecador. Esas posturas simplistas que nos eximen de la carga pastoral dura y constante. Revisemos algunas tentaciones.

Una de las tentaciones más serias que aparta nuestro contacto con el Señor es la conciencia de derrota. Frente a una fe combativa por definición, el enemigo, bajo ángel de luz, sembrará las semillas del pesimismo. Nadie puede emprender

ninguna lucha si de antemano no confía plenamente en el triunfo. El que comienza sin confiar perdió de antemano la mitad de la batalla. El triunfo cristiano es siempre una cruz, pero una cruz, bandera de victoria. Esta fe combativa la vamos a aprender y alimentar entre los humildes. Durante estos ejercicios vendrán a nuestra memoria muchas caras, las caras de la gente a nuestro cargo pastoral. La cara del humilde, la de aquel de una piedad sencilla, es siempre cara de triunfo y casi siempre le acompaña una cruz. En cambio, la cara del soberbio es siempre una cara de derrota. No acepta la cruz y quiere una resurrección fácil. Separa lo que Dios ha unido. Quiere ser como Dios.

El espíritu de derrota nos tienta a embarcarnos en causas perdedoras. Está ausente de él la ternura combativa que tiene la seriedad de un niño al santiguarse o la profundidad de una viejita al rezar sus oraciones. Eso es fe y ésta es la vacuna contra el espíritu de derrota (1 Jn 4, 4; 5, 4-5).

El Señor nos reprende por las debilidades que provienen de nuestra falta de esperanza

No faltó la oportunidad en que el Señor les hizo caer en la cuenta a los discípulos o aspirantes a discípulos que el sufrimiento que brota de cumplir la voluntad de Dios es condición esencial del Reino. A Pedro, que quiso quitar la cruz del Evangelio, el Señor le llegó a decir «Satanás». Contemplamos el pasaje de Mc 8, 31-33, en el que el Señor reprende fuertemente a Pedro y le hace ver que así como hay pensamientos que le inspira el Padre, otros pensamientos «no son de Dios sino de los hombres». Sería tentación pensar que nuestra misión como pastores puede realizarse sin sufrimientos. Quizás la expresión de Pablo de sostener desde abajo la comunidad (la «hypomoné») sea la cruz silenciosa que todo Pastor debe abrazar y saber que es tentación cualquier otra cruz que nos impida llevar ésta, que es la esencial. A la cruz no se la inventa, ni siquiera se la encuentra como si fuera un fatalismo. Es el Señor quien nos la pone sobre el hombro –esa cruz que es yugo llevado de a dos, del cual él lleva el mayor peso– y nos dice: «Toma tu cruz y sígueme». Para llevar la cruz el pastor, necesitará la fortaleza que viene de la esperanza y debe pedirla en la oración para tomar las decisiones necesarias, aunque sean impopulares, y magnanimidad para comenzar empresas difíciles en servicio de Dios nuestro Señor y para perseverar en ellas sin perder ánimo ante las contradicciones. Cuando no se lleva la cruz de nuestra misión tampoco se saborea la esperanza. Y caemos en la búsqueda de señales extraordinarias y hasta nos volvemos desmemoriados, como los discípulos de Emaús, de las señales de Dios en las pruebas y dificultades de la Iglesia a lo largo de la historia. En el pasaje de

Emaús se ve cómo las cosas que los discípulos «esperaban» estaban en contradicción con la cruz del Señor. Cuando éste les muestra «que era necesario que el Mesías padeciera para entrar en la gloria», les comienza a arder el corazón con la verdadera esperanza, la que abraza la cruz.

El Señor nos reprocha nuestra incapacidad de velar con él

El obispo es el que cuida la esperanza velando por su pueblo. Cuando Pedro recomienda a sus presbíteros: «Apacienten el rebaño de Dios que está entre ustedes, supervisando, no forzados, sino voluntariamente según Dios» (1 Pe 5, 2)», ese «episkopountes», como encargo pastoral, refleja distintas actitudes espirituales: supervisar, vigilar y también velar.

Sin duda esta recomendación de Pedro tiene detrás el recuerdo del reproche que les hizo el Señor la noche del comienzo de la Pasión: «Simón, ¿duermes?» (Mc 14, 37-38). El Señor desea que velemos con él. Este velar puede tener distintos matices: Una actitud espiritual es la del que pone el acento en supervisar al rebaño con una «mirada de conjunto»; es el episkopo que está atento a cuidar todo aquello que mantiene la cohesión del rebaño. Otra actitud espiritual es la del que pone el acento en vigilar «estando alerta ante los peligros». Es el episkopo que, como un atalaya, sabe dar la voz de alerta ante el peligro inminente.

Ambas actitudes hacen a la esencia de la misión episcopal y adquieren toda su fuerza desde la actitud que considero más esencial que consiste en velar. Una de las imágenes más fuertes de esta actitud es la del Éxodo en la que se nos dice que Yahvéh veló a su pueblo en la noche de Pascua, llamada por ello «la noche de vela»: «Esta es la noche en que Yahvéh estuvo velando para sacar a Israel del país de Egipto. Esta noche es para Yahvéh y los hijos de Israel la pasarán velando, año tras año, perpetuamente» (Ex 12,42).

Lo que deseo es resaltar esa peculiar hondura que tiene el velar frente a un supervisar de manera más bien general o a una vigilancia más puntual.

Supervisar hace referencia más al cuidado de la doctrina y de las costumbres en su expresión y su práctica; en cambio velar dice más a cuidar que haya sal y luz en los corazones.

Vigilar habla de estar alerta al peligro inminente velar, en cambio, habla de soportar con paciencia los procesos en los que el Señor va gestando la salvación de su pueblo. Para vigilar basta con ser despierto, astuto, rápido. Para velar hay que tener además la mansedumbre, la paciencia y la constancia de la caridad probada.

Para supervisar hay que inspeccionarlo bien todo, sin descuidar los detalles, para velar hace falta saber ver lo esencial.

Supervisar y vigilar nos hablan de cierto control necesario. Velar, en cambio, nos habla de esperanza.

La esperanza del Padre misericordioso que vela el proceso de los corazones de sus hijos, dejándolos hacer su propio camino –de prodigalidad o de cumplimiento– atento a preparar una Fiesta, para que, al regresar a la casa, encuentren el abrazo y el diálogo amoroso que necesitan.

Este velar en esperanza del episcopado se concreta en una oración de bendición (cfr. Sal 63, 7; 119, 148), en la que intercede bendiciendo a sus hijos, como le dice Moisés a Aarón en esa bendición tan bella:

«Así bendecirán a los ojos de Israel: Yahvéh te bendiga y te guarde (te vele). Haga resplandecer su rostro sobre ti y te mire con buenos ojos. Yahvéh vuelva hacia ti su rostro y te de la paz». «Es así como pondrán mi Nombre sobre los hijos de Israel y yo los bendeciré» (Nm 6, 24). En esta oración que es en sí misma «intérprete de la esperanza», el velar manifiesta y consolida la parresía del obispo. Parresía que consiste en anunciar la fuerza del Evangelio de la Esperanza «sin desvirtuar la Cruz de Cristo» (1 Co 1,17).

Junto a las dos imágenes grandes que abren y cierran en su abrazo la historia de salvación –la de Yahvéh que vela el gran éxodo del Pueblo de la alianza y el Padre misericordioso que vela el regreso a la casa de los hijos– tenemos otra imagen, más cercana y familiar, pero igual de fuerte: la de San José. En José encontramos al episcopado fiel y previsor puesto por el Señor al frente de su familia. Él es quien vela hasta en sueños al Niño y a su vez hace las veces del Padre. De ese velar profundo de José surge esa silenciosa mirada de conjunto, capaz de cuidar a su pequeño rebaño con medios pobres –él transforma un pesebre de animales en El Pesebre del Verbo encarnado– o de ese velar profundo brota también la mirada vigilante y astuta, que logró evitar todos los peligros que acechaban al Niño.

Recorriendo estas reprimendas del Señor veamos qué nos hace sentir Él a través de ellas... y reflexionemos sobre nosotros mismos para enmendarnos. Esta cercanía, este estar a tiro del Señor para que nos corrija, como Pedro, es señal de amistad con él y de celo apostólico. Sería bueno terminar con un coloquio o diálogo sentido con el Señor, con Nuestra Señora o con Dios nuestro Padre ponderando su paciencia y grandeza de ánimo para soportarnos y corregirnos haciéndonos crecer siempre, sin nunca menospreciarnos ni alejarnos de su valoración y estima. Y

lentos de contrición por nuestra dureza de cabeza y nuestra lentitud para comprenderlo le digamos como Pedro: «Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero» y proponiendo enmienda sintamos que el Señor nos vuelve a entusiasmar y nos dice: «Apacienta mis corderos».

EL ESPÍRITU DEL MUNDO O EL «ANTI-REINO» - «EL MAL QUE HACEMOS ES UN MAL QUE SE MULTIPLICA»

«No améis al mundo ni lo que hay en el mundo –la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la jactancia de las riquezas no viene del Padre sino del mundo. El mundo y sus concupiscencias pasan; pero quien cumple la voluntad de Dios permanece para siempre» (1Jn 2, 15- 17). Sabemos que somos de Dios y que el mundo entero yace en poder del Maligno» (1 Jn 5, 19).

En los versículos anteriores (12-14) del primer texto, el Apóstol nos recuerda nuestra victoria. Es como decimos: «no temáis al mundo», «somos hijos de vencedores». Nos hará bien leerlos despaciosamente para tomar fuerzas. Hasta la ternura contenida en la expresión «Hijitos míos» (2, 18; 3, 7; 3, 18; 5, 21), es un suave aliento de fortaleza para prevenirnos contra el riesgo de asustarnos cuando comenzamos la lucha o cuando pensamos en ella. «Os he dicho estas cosas para que tengáis paz en mí. En el mundo tendréis tribulación. Pero ánimo. Yo he vencido al mundo» (Jn16,33). Precisamente la memoria de la salvación recibida es la que nos constituye en creyentes y nos da fortaleza para la lucha contra el mundo. Es la hora del triunfo y de la glorificación de Jesús: «Ha llegado la hora en que sea glorificado el Hijo del Hombre», «ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera» (Jn 12, 23~31). El Príncipe de este mundo no tiene poder sobre Cristo (Jn 14, 30), porque ya está juzgado (Jn 16, 11). Esta memoria nos actualiza una realidad: nuestra victoria contra el mundo es la fe (1 Jn 5,4). Por tanto nos acercamos a la lucha contra el mundo con valentía, nos acercamos «en vencedores» procurando cumplir el consejo de San Pablo: «Velad, manteneos firmes en la fe, sed hombres (viríliter agite), sed fuertes» (1Cor16,13); sabiendo que podemos confiar al Señor todas nuestras preocupaciones, pues Él se ocupa de nosotros, aun cuando el diablo nos ronde (cfr. 1 Pe 5, 7-8). San Juan nos exhorta a no amar al mundo, a ese mundo autónomo de Dios, ese mundo que es objeto de posesión. El mundo, que fue creado para llevarnos a Dios, se convierte en «mundo» malo, prescindente del señorío de Cristo. Y esta degradación es hija de la concupiscencia: cuando el «deseo» deviene «concupiscencia», entonces hablamos del «espíritu del mundo».

El espíritu del mundo

Jesús nos previene contra este espíritu del mundo definiéndolo como el que ahoga la Palabra (Mt 22), como padre de hijos mucho más astutos que los de la luz (Lc 16,8). Este espíritu del mundo vuelca nuestro corazón concupiscente tras la carne, los ojos, la confianza orgullosa en los bienes (Cfr. 1 Tim 6, 9; Jn 7,18). El espíritu

del mundo es padre de la incredulidad y de toda impiedad. Fue precisamente el dios de este mundo quien cegó su corazón (2 Cor 4, 4), bajo el engaño de una sabiduría, que en definitiva no resultó más que una buena astucia de coyunturas, incapaz de trascender el margen del propio egoísmo: «¿Dónde está el sofista de este mundo? ¿Acaso no entonteció Dios la sabiduría del mundo?» (1 Cor 1,20). «Hablamos no de sabiduría de este mundo ni de los príncipes de este mundo, abocados a la ruina» (1 Cor 2, 6). San Pablo insiste en el consejo: «No os acomodéis al mundo presente» (Rom 12, 2) más literalmente: «no entréis en los esquemas del mundo». Es la advertencia a quienes hemos pecado y conocido al Señor: «A vosotros, que estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales vivisteis en otro tiempo según el proceder de este mundo, según el Príncipe del imperio del aire, en medio de las concupiscencias de nuestra carne, siguiendo las apetencias de la carne y de los malos pensamientos...» (Ef 2, 1-3). Así como el pecado endurecía nuestro corazón haciéndonos inicuos, es más propio del espíritu del mundo volvernos vanidosos.

La vanidad

Esa enfermedad del corazón, tan sutil que los Padres del desierto la asemejaban a la cebolla porque, decían, es difícil llegar al núcleo de ella: se la va deshojando pero siempre queda algo. En el espacio de un corazón vanidoso tienen cabida esas versiones «eclesiásticas» de indisciplina y desobediencia que afean el rostro de nuestra madre, la Santa Iglesia. Busquemos detrás de cualquier postura eticista, ingenua, irenista, y nos encontraremos con un débil corazón vanidoso, que –en el fondo– pretende minimizar la conducción del pueblo fi el de Dios que le ha sido encomendado.

Estas actitudes llevan a los ya consabidos fracturismos de moda, factores de un evangelio «desgarrado por querellas doctrinales, por polarizaciones ideológicas o por condenas recíprocas entre cristianos, al antojo de sus diferentes teorías sobre Cristo y sobre la Iglesia e incluso a causa de sus distintas concepciones de la sociedad y de las instituciones humanas» (Ev. Nunt. 77). O, en ocasiones, actitudes de «herir» a los demás, sobre todo si son débiles en su fe, con afirmaciones que pueden ser claras para los iniciados, pero que pueden ser causa de perturbación o escándalo en los fieles, provocando una herida en sus almas (Ev. Nunt. 79). De esta manera se desgarran la Madre Iglesia... se atenta contra la «prueba de credibilidad» que Cristo nos encomendó: «Que sean uno».

«En el interior mismo de la Iglesia –prototipo hasta ahora de lo sagrado e intangible, de lo único verdaderamente sólido y estable– se introduce la

contestación y la crítica, la desunión entre los cristianos, el riesgo del secularismo y la politización del Evangelio, la desorientación de muchos, la pérdida de la propia identidad en la vida consagrada, el peligro de quebrar la unidad en la doctrina y la disciplina. ¡Y todo esto a nombre de Jesucristo y por fidelidad a su Evangelio!». Esta desorientación se acentúa cuando se la comunica indiscretamente, y se predica la desunión. Nos encontramos así con cristianos, sacerdotes y religiosos que se reúnen con un espíritu de crítica amarga hacia la Iglesia que estigmatizan como “institucional” y a la que se oponen como comunidades carismáticas, libres de estructuras, inspiradas únicamente en el Evangelio. Tienen, pues, como característica una evidente actitud de censura y de rechazo hacia las manifestaciones de la Iglesia: su jerarquía, sus signos.

Contestan radicalmente esta Iglesia. En esta línea, su inspiración principal se convierte rápidamente en ideológica y no es raro que sean muy pronto presa de una opción política, de una corriente, y más tarde de un sistema, o de un partido, con el riesgo de ser instrumentalizados » (Ev. Nunt. 58). Terminan por cuestionarse su pertenencia a la Iglesia, por sentir que su propio proyecto suple al proyecto de la Madre Iglesia (cfr. Ev. Nunt. 60). Optan por implantar la idea que ellos tienen de la Iglesia, pero no por «implantar la Iglesia» (Ev. Nunt. 28).

Entre estos pecados mundanos contra la verdad de la Iglesia existe, en nuestro tiempo, algo así como una zona pecaminosa en la que fácilmente podemos caer: me refiero a los reduccionismos, a la inmanencia de los medios, a los tacticismos. Ya en su momento, Pablo VI nos llamaba la atención al respecto. Con fruto podemos meditar lo que nos dice en los nn. 32, 33, 35, 37, 58 de la *Evangelii Nuntiandi*. Allí nos señala el campo de combate y el peligro: «Por eso, al predicar la liberación y al asociarme a aquellos que actúan y sufren por ella, la Iglesia no admite circunscribir su misión al solo terreno religioso, desinteresándose de los problemas temporales del hombre; sino que reafirma la primacía de su vocación espiritual, rechaza la substitución del anuncio del reino por la proclamación de las liberaciones humanas, y proclama también que su contribución a la liberación no sería completa si descuidan anunciar la salvación en Jesucristo» (Ev. Nunt. 34).

Quizá nos haga bien sufrir un poquito delante del Señor, pidiendo perdón, por tantas veces que, en nuestra tarea de pastores, hemos pecado en este campo. El mal que hayamos hecho, probablemente por ingenuos, es un mal que se multiplica. Y si nos encontramos en falta, que el Señor nos conceda la gracia del espíritu de reparación y penitencia que nos lleve a una firme enmienda.

San Ignacio, en los Ejercicios, después de habernos hecho meditar sobre el pecado y sobre nuestros propios pecados, nos hace hacer los tres coloquios:

«El primer coloquio a Nuestra Señora, para que me alcance gracia de su Hijo y Señor para tres cosas; la primera para que sienta interno conocimiento de mis pecados y aborrescimiento dello; la segunda para que sienta el desorden de mis operaciones, para que aborresciendo me ordene y me enmiende; la 3a, pedir conocimiento del mundo, para que aborreciendo, aparte de mí las cosas mundanas y vanas, y con esto un Ave María». Luego hace hacer las mismas tres peticiones al Hijo y al Padre (EE.63).

La actitud frente a mis pecados, frente al desorden de mis operaciones (que son mis raíces pecaminosas, mi pecado capital) y frente al mundo debe ser la misma: conocimiento y aborrecimiento. De allí nace la enmienda. Y, en este marco, precisamente se fragua esa actitud tan sólidamente cristiana: la capacidad de condena. El «sí-sí, no-no» que Jesús nos enseña implica una madurez espiritual que nos rescata de la superficialidad del necio de corazón. Un cristiano ha de saber qué cosas tiene que aceptar y qué cosas condenar. No se puede «dialogar» con el enemigo de nuestra salvación: hay que hacerle frente, yendo contra sus intenciones.

La Liturgia nos hace pedir: «Límpianos de las huellas de nuestra antigua vida de pecado» (oración de la 3a. semana de Adviento). Podemos concluir la oración con esta petición, recordando que la gracia que pedimos está avalada por la promesa del mismo Señor: «Arrancaré de tu corazón tus soberbias bravatas » (Sofon 3, 9-13).

CRISTO NOS TRANSFORMA CON SU AMOR - «ESPAÑA NOS ENSEÑÓ A RECORDAR FIELMENTE AL SEÑOR Y SU MADRE»

LA MEMORIA

La Contemplación para alcanzar amor

Cuando San Ignacio nos pide que traigamos «a la memoria los beneficios recibidos de creación, redención y dones particulares ponderando con mucho afecto cuánto ha hecho Dios nuestro Señor por mí...» (EE. 234) quiere ir más allá del mero agradecimiento por todo lo recibido; quiere enseñarnos a tener más amor; quiere confirmarnos en el camino emprendido... y esto lo hace la memoria. La memoria como gracia de la presencia del Señor en nuestra vida de obispos. La memoria del pasado que nos acompaña, no como un peso bruto, sino como un hecho interpretado a la luz de la conciencia presente.

Pedir la gracia de recuperar la memoria: memoria de nuestro camino personal, memoria del modo como nos buscó el Señor, memoria de mi familia religiosa, memoria de pueblo... Mirar hacia atrás es despertarnos para percibir con más fuerza la palabra de Dios: «Traed a la memoria los días pasados, en que después de ser iluminados, hubisteis de soportar un duro y doloroso combate... No perdáis ahora vuestra confianza» (Heb. 10, 32 ss). «Acordaos de vuestros dirigentes, que os anunciaron la palabra de Dios, y considerando el final de su vida, imitad su fe» (Heb 13, 7). Esta memoria que nos salva de «dejarnos seducir por doctrinas varias y extrañas» (Heb.13,9), esta memoria nos «fortalece el corazón» (ibid.).

Los pueblos tienen memoria, como las personas. La humanidad también tiene su memoria común. En la cara del mataco está la memoria viva de una raza sufrida y perseguida. En la voz de un riojano está San Nicolás. Monseñor Tavella contaba que en un pueblo de su diócesis encontró a un indio rezando tremendamente concentrado. Estuvo mucho tiempo así, al obispo le llamó la atención y le preguntó qué rezaba. «El catecismo», contestó el indio. Era el catecismo de Santo Toribio de Mogrovejo.

La memoria de los pueblos no es una computadora, sino un corazón. Los pueblos, como María, guardan las cosas en su corazón. Y en esto, España nos enseñó a hacer alianza firme y a recordar fielmente al Señor, a su Madre y a los santos, fundando en ellos la unidad espiritual de nuestras naciones.

Porque la memoria es una potencia unitiva e integradora. Así como el entendimiento librado a sus propias fuerzas desbarranca, la memoria viene a ser el núcleo vital de una familia o de un pueblo. Una familia sin memoria no merece el nombre de tal. Una familia que no respeta y atiende a sus abuelos, que son su memoria viva, es una familia desintegrada: pero una familia y un pueblo que se recuerdan son una familia y un pueblo de porvenir.

La humanidad entera tiene su memoria común. El recuerdo de la lucha ancestral entre el bien y el mal. La lucha eterna entre Miguel y la Serpiente, «la serpiente antigua» (Ap 12, 7-9) que ha sido vencida para siempre, pero que resurge como «enemigo de natura humana». «Cómo has caído de los cielos, Lucero, Hijo de la Aurora», dice el oráculo de Isaías (Is 14, 12). «Al Seol has sido precipitado, a lo más hondo del pozo» (14, 15). Ésa es la memoria de la humanidad, el acerbo común de todos los pueblos y la revelación de Dios a Israel. Porque la historia humana es una larga contienda entre la gracia y el pecado, pero esa memoria común tiene su rostro concreto: el rostro de los hombres de nuestros pueblos. Son hombres anónimos y sus nombres no quedarán grabados en los libros de historia. En sus rostros estará quizás el sufrimiento y la postergación, pero su dignidad inexpresable con palabras nos está hablando de un pueblo con historia, con memoria común. Es el pueblo fiel de Dios.

La memoria de la Iglesia: la Pasión Cristo

Es la Pasión del Señor. Una de las antífonas del Corpus, compuesta por Santo Tomás, nos habla de esto: «Recolitur memoria passionis eius». La Eucaristía es el recuerdo de la Pasión del Señor. Allí está el triunfo. El olvido de esta verdad ha hecho a veces aparecer a la Iglesia como triunfalista, pero la resurrección no se entiende sin la cruz. En la cruz está la historia del mundo: la gracia y el pecado, la misericordia y el arrepentimiento, el bien y el mal, el tiempo y la eternidad. En los oídos de la Iglesia resuena la voz de Dios, expresada por su Profeta: «No temas, porque yo te he rescatado..., y te volveré a rescatar» (Is 43, 1-21). «Sé valiente y firme... Yahvéh tu Dios está contigo; no te dejará ni te abandonará... No temas, pues, ni te asustes» (Deut 31, 6-7). El recuerdo de la salvación de Dios, del camino ya recorrido, da fuerzas para el futuro.

Por la memoria, la Iglesia testimonia la salvación de Dios. «No temas, acuérdate de lo que hizo Yahvéh, tu Dios, con Faraón y con todos los egipcios... y de los prodigios y señales con que te libertó Yahvéh, tu Dios. Lo mismo hará con todos los pueblos a quienes temes» (Deut. 7, 18-20). El pueblo de Dios fue probado en el camino del

desierto. Allí fue guiado por Dios como un hijo por su padre. El consejo del Deuteronomio es siempre el mismo de toda la Escritura: «Acuérdate del camino recorrido», y «date cuenta» (Deut 8,2-6).

Nadie es capaz de entender nada si no es capaz de recordar bien, si le falla la memoria. «Ten cuidado y fíjate bien; no vayas a olvidarte de estas cosas que tus ojos han visto ni dejes nunca que se aparten de tu corazón. Por el contrario, enséñaselas a tus hijos y a los hijos de tus hijos» (Deut 4, 9). Nuestro Dios es celoso de nuestro recuerdo para con Él, tan celoso que –a la menor señal de arrepentimiento– se vuelve misericordioso: «No olvida la alianza que juró a nuestros Padres».

Por el contrario, el que no tiene memoria se afinca en los ídolos. Adorar ídolos es el castigo inherente a quienes olvidan (Deut.4:25-31). Nos sobreviene la esclavitud: «Por no haber servido con gozo y alegría de corazón a Yahvéh, tu Dios, cuando nada te faltaba, serás esclavo de tu enemigo» (Deut 28, 47). Solamente el recuerdo nos hace descubrir a Dios en medio de nosotros y nos hace entender que toda solución salvadora fuera de Dios es un ídolo: Deut 6, 14-15; 7, 17-26. La Iglesia recuerda las misericordias de Dios y por esto trata de ser fiel a la ley. Los diez mandamientos que enseñamos a nuestros niños en la doctrina son la otra cara de la alianza, la cara legal para poner marcos humanos a la misericordia de Dios. Cuando el pueblo fue sacado de Egipto, allí recibió la gracia. Y la ley es el complemento de la gracia recibida, la otra cara de una misma moneda.

Los mandamientos son frutos del recuerdo (Deut 6, 1-12), y por eso han de transmitirse de generación en generación: «Tal vez un día tu hijo te pregunte: ¿Qué son estos preceptos, mandamientos y normas que Yahvéh les ha ordenado? Tú responderás a tu hijo: nosotros éramos esclavos de Faraón en Egipto y Yahvéh nos sacó de Egipto con mano fuerte para conducirnos a la tierra que prometió a nuestros padres. Yahvéh nos mandó poner en práctica todos estos preceptos y temerle a Él, nuestro Dios. Así seremos felices y nos hará vivir como hasta hoy» (Deut 6, 20-25). La memoria nos ata a una tradición, a una norma, a una ley viva e inscrita en el corazón. «Atad estas palabras a vuestras manos...» (Deut 11, 1-32). Así como Dios tiene atado en su corazón y en todo su ser el «regalo», el «proyecto» de salvación.

La base del ejercicio de la Iglesia y de cada uno de nosotros en el recuerdo consiste precisamente en esta seguridad: soy recordado por el Señor; Él me tiene atado en su amor. Por todo esto nuestra oración ha de estar signada por el recuerdo. Ésa es

la oración de la Iglesia que tiene siempre presente la salvación de Dios Padre, operada por el Hijo, en el Espíritu Santo. En el Credo está no sólo el compendio de las verdades cristianas, sino también el de la historia de nuestra salvación: «Nació de Santa María Virgen», «padeció bajo el poder de Poncio Pilato», «fue crucificado», «resucitó».

Nuestro Credo es, así, la pervivencia en la historia de la fe de Israel que, cuando iba a presentar las ofrendas al Señor rezaba así: «Mi padre fue un arameo errante que bajó a Egipto... los egipcios nos maltrataron... clamamos a Yahvé y Dios nos escuchó... nos sacó de Egipto... nos dio esta tierra» (Deut 26, 1-11). Y la memoria es una gracia que debemos pedir.

Es tan fácil olvidar, sobre todo cuando estamos satisfechos... «No te olvides de Yahvéh cuando él te haya introducido en la tierra que prometió a tus padres Abraham, Isaac y Jacob. Pues él te dará ciudades grandes y prósperas que tú no edificaste, casas abastecidas de todo lo que tú no llenaste, pozos que tú no cavaste, viñas y olivares que tú no plantaste. Cuando hayas comido y te hayas saciado no te olvides de Yahvéh que te sacó de Egipto, donde eras esclavo», (Deut. 6, 10-12). «Guárdate de olvidar jamás a Yahvéh tu Dios, descuidando los mandamientos... No sea que cuando comas y quedes satisfecho, cuando construyas casas cómodas y vivas en ellas, cuando se multipliquen tus ganados, cuando tengas oro en abundancia y se acrecienten todos tus bienes, tu corazón se ponga orgulloso y entonces olvides a Yahvéh, que te sacó de Egipto, de la casa de la esclavitud...» (Deut 8, 11-20). Pedir la gracia de la memoria para saber elegir bien entre la vida y la muerte: «Mira que te he ofrecido en este día el bien y la vida por una parte, y por la otra el mal y la muerte...» (Deut 30, 15-20. Cfr. también Deut 11, 26 y todo el cap. 28). Esa elección cotidiana que debemos hacer entre el Señor y los ídolos. Y esa memoria también nos hará misericordiosos porque oiremos en nuestro corazón esa gran verdad: «Acuérdate de que tú también fuiste esclavo en la tierra de Egipto» (Deut 15, 15). Y ojalá que el Señor conceda a su Iglesia la gracia que le concedió al gran caudillo de la memoria: «No se le había apagado su ojo» (Deut 34, 7). Que los ídolos, que nunca tienen historia sino que son «presente», no nos quiten la visión del ojo de la memoria. Allí está nuestra primera caridad (Jerem 2, 1-13). Ojalá nunca escuchemos las palabras del Señor al Ángel de la Iglesia de Efeso: «Tengo una cosa contra ti, has perdido la primera caridad» (Ap 2, 4).

La Virgen Madre, la que «guardaba todas las cosas en su corazón», nos enseñará la gracia de la memoria si sabemos pedírsela con humildad. Ella, como otra madre de Macabeos, sabrá hablarnos en la «lengua materna» (Cfr. 2 Mac 7, 21-26), en la

lengua de nuestros padres, la que aprendimos a hablar en los «prístinos días». Que nunca nos falte el cariño y la ternura de María que nos susurre al oído la Palabra de Dios en ese lenguaje de familia. Allí tendremos la fuerza para vencer los halagos del Malo y burlarnos de él.

LA ESPOSA DEL SEÑOR - «JESÚS NOS FUNDA EN LA IGLESIA»

“Y éste es su mandamiento, que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo y nos amemos los unos a los otros (1 Jn 3, 23).

Jesús funda la Iglesia, y a nosotros nos funda en la Iglesia. El misterio de la Iglesia va muy unido al misterio de María, la Madre de Dios y la Madre de la Iglesia. María nos engendra y nos cuida. La Iglesia también. María nos hace crecer, la Iglesia también. Y a la hora de la muerte el sacerdote nos despide en nombre de la Iglesia para dejarnos en los brazos de María. «Una mujer vestida de sol, con la luna bajo sus pies y en su cabeza una corona de estrellas». Ésa es la Iglesia y ésa es la Virgen que venera nuestro pueblo fiel. Por eso, al referirnos a la Iglesia hemos de sentir la misma devoción que por la Virgen María. «Santa Madre Iglesia hierarchica» (EE. 353) era la expresión cara a San Ignacio. La expresión evoca tres conceptos muy ligados entre sí: el de la santidad, el de la fecundidad y el de la disciplina.

Fuimos engendrados para la **santidad** en un cuerpo santo: el de nuestra Santa Madre la Iglesia. Y en el mantenernos disciplinadamente insertos en ese cuerpo se juega nuestra vocación a «ser santos e inmaculados en Su presencia» y nuestra fecundidad apostólica.

La Iglesia es santa: permanece en el mundo «como un signo, opaco y luminoso al mismo tiempo, de una presencia nueva de Jesucristo, de su partida y de su permanencia. Ella lo prolonga y lo continúa» (Ev. Nunt. 15). Su santidad, «su vida íntima –la vida de oración, la escucha de la Palabra y de las enseñanzas de los Apóstoles, la caridad fraterna vivida, el pan compartido– no tiene pleno sentido más que cuando se convierte en testimonio, provoca la admiración y la conversión, se hace predicación y anuncio de la Buena Nueva» (ibid). Su santidad no es ingenua pues se sabe «pueblo de Dios inmerso en el mundo y, con frecuencia, tentado por los ídolos, que necesita saber proclamar las grandezas de Dios que la han convertido al Señor y ser nuevamente convocada y reunida por El» (ibid.). Los Santos Padres expresaban este misterio de la santidad de la Iglesia tentada por los ídolos llamándola casta meretrix ... Se refleja su santidad en el rostro de María, la sin pecado, la limpia y pura; pero no olvida que congrega en su seno a los hijos de Eva, madre de hombres pecadores.

Hay una rica literatura teológica sobre la santidad, y en sus canonizaciones la Iglesia –asistida indefectiblemente por el Espíritu– pone en juego una criteriología que todos conocemos. En nuestra jerga clerical bromeamos muchas veces

reaccionando quizá frente al uso meticuloso del término «santo»; y así decimos, con alguna sonrisa: «Esta santa casa», «las santas costumbres»... Pero también es cierto que, cuando queremos dar –complacidos– un juicio definitivo sobre alguien, decimos: «Este hombre es un santo», y lo hacemos como claudicando de muchos ídolos nuestros y arrodillándonos frente al misterio de Dios y de su infinita bondad participada a un hombre. Amor y devoción a la Madre Iglesia es amor y devoción a estos hijos suyos cualificados; y tenemos muchos de estos santos en nuestra Iglesia, a quienes cotidianamente tratamos: en la vida de nuestras parroquias, en el confesionario, en la dirección espiritual. Me pregunto si muchas veces la crítica amarga a la Iglesia, la desazón frente a sus muchos pecados, la desesperanza que se nos crea frente a ella no será porque no nos alimentamos suficientemente de esta complacencia con la santidad que nos reconcilia, porque es la visita de Dios a su cuerpo.

La santidad se manifiesta, en nosotros, a través de nuestro celo evangelizador, «es necesario que nuestro celo evangelizador brote de una verdadera santidad de vida y que, como nos lo sugiere el Concilio Vaticano II, la predicación, alimentada con la oración y sobre todo con el amor a la Eucaristía, redunde en mayor santidad del predicador» (Ev. Nunt. 76). Es el nexo entre la santidad y la maternidad de la Iglesia, entre nuestra santidad de hombres consagrados y la fecundidad en la formación de corazones cristianos. Y podemos aquí reflexionar sobre esas preguntas que Pablo VI nos propone y de cuyas respuestas somos todos responsables: «¿Qué es la Iglesia cuarenta años después del Concilio? ¿Está anclada en el corazón del mundo y es suficientemente libre e independiente para interpelar al mundo? ¿Da testimonio de la propia solidaridad, hacia los hombres y al mismo tiempo del Dios Absoluto? ¿Ha ganado en ardor contemplativo y de adoración y pone más celo en la actividad misionera, caritativa, liberadora? ¿Es suficiente su empeño en el esfuerzo de buscar el restablecimiento de la plena unidad entre los cristianos, lo cual hace más eficaz el testimonio común, con el fin de que el mundo crea?» (ibid.).

Hablar de la Santa Madre Iglesia evoca la **fecundidad**. Muchas veces nos ponemos escépticos frente a la esperanza de fecundidad como a su tiempo Sara se sonrió por lo bajo ante la promesa de un hijo. Otras veces, en cambio, nos euforizamos y nos dan ganas de cuantificar y planificar de tal modo esa fecundidad que reeditamos el pecado de David cuando su vanidad lo llevó a censar su pueblo.

La fecundidad del Evangelio tiene otros caminos. Es como una conciencia de que el Señor no nos abandona y cumple su Palabra de estar con nosotros hasta el fin

del mundo. Es una fecundidad paradójica. Es ser fecundo y –a la vez– no terminar de darse cuenta del hecho... y esto sin ser inconsciente. Recuerdo aquí aquella frase de un cura argentino, el P. Matías Crespí, infatigable misionero de la Patagonia, que ya viejito decía: «Se me ha pasado volando la vida», como dando a entender que le parecía no haber hecho nada por el Señor. Es la fecundidad del rocío que moja sin estrépito. Es la fecundidad apoyada en una fe que pide constataciones, pero que le acepta a esas constataciones no ser definitivas. Se trata de la constatación del «paso del Señor» que nos consuela (cfr. EE.224), nos fortalece en la fe, y nos deja en nuestra misión de administradores para que nuestra fidelidad lo espere «hasta que Él vuelva».

La Iglesia es madre; engendra hijos con la fuerza del depósito de la fe. Ella «es depositaria de la Buena Nueva que debe ser anunciada. Las promesas de la Nueva Alianza en Cristo, las enseñanzas del Señor y de los Apóstoles, la Palabra de vida, las fuentes de la gracia y de la benignidad divina, el camilla de salvación, todo esto le ha sido confiado ... (un tesoro) que ella conserva como un depósito viviente y precioso, no para tenerlo escondido sino para comunicarlos» (Ev.Nunt. 15), es decir para engendrar, ¡para dar vida! Y engendra a sus hijos en la continua fidelidad a su Esposo, pues les envía a «predicar no a sí mismos o sus ideas personales, sino un evangelio del que ni ellos ni ella son dueños y propietarios absolutos para disponer de él a su gusto, sino ministros para transmitirlo con suma fidelidad» (ibid.). Su fidelidad al Esposo fi el por antonomasia nos educa en nuestra fecundidad fiel.

Querer ser fecundos es un deseo legítimo, pero el Evangelio tiene sus propias leyes de legitimación para nuestra actividad. Es como si nos dijera: serás fecundo si...

...si guardas celosamente tu condición de operario,

...si armonizas diligencia con la conciencia de inutilidad,

...si –en el fondo– admites que debes roturar la tierra, plantar la semilla y te convences de que el riego y la cosecha son gracia y pertenencia del Señor.

Amar el misterio de fecundidad de la Iglesia, como se ama el misterio de María Virgen y Madre y, a la luz de ese amor, amar el misterio de nuestra servidumbre inútil con la esperanza que nos da la palabra que el Señor pronunciará sobre nosotros: «Siervo bueno y fiel».

Nuestro amor a la Iglesia es un amor de inserción en su cuerpo, y esto exige **disciplina**. Podríamos expresar esto mismo diciendo que, de algún modo, responde a la fórmula «caritas discreta». Para un sacerdote o un obispo no ser disciplinado es ser indiscreto, y la indiscreción es siempre falta de amor. El amor discreto nos ayudará a crecer en la «plena conciencia de pertenecer a una gran comunidad que ni el espacio ni el tiempo pueden limitar» (Ev. Nunt. 61). Conciencia de pertenencia que nos hará comprender que la misión a la que somos enviados, la misión de evangelizar, «no es para nadie un acto individual y aislado, sino profundamente eclesial. Cuando el más humilde predicador, catequista o pastor, en el lugar más apartado, predica el Evangelio, reúne su pequeña comunidad o administra un sacramento, aun cuando se encuentre solo, ejerce un acto de Iglesia y su gesto se enlaza mediante relaciones institucionales ciertamente, pero también mediante vínculos invisibles y raíces escondidas del orden de la gracia, ala actividad de toda la Iglesia.

Esto supone que lo haga, no por una misión que él se atribuye o por inspiración personal, sino en unión con la misión de la Iglesia y en su nombre» (Ev.Nunt. 60). De ahí la raíz de nuestra disciplina, el hecho de que «ningún evangelizador es el dueño absoluto de su acción evangelizadora, con un poder discrecional para cumplirla según los criterios y perspectivas individualistas, sino en comunión con la Iglesia y sus pastores» (ibid.).

Nuestra adhesión al reino «no puede quedarse en algo abstracto y desencarnado, sino que se revela concretamente por medio de una entrada visible en una comunidad de fieles... la Iglesia sacramento visible de la salvación» (Ev.Nunt. 23); «signo visible del encuentro con Dios, comunión que a su vez se expresa mediante la participación en esos otros signos de Cristo viviente y operante en la Iglesia que son los sacramentos» (Ev. Nunt. 28). Nuestra adhesión al Reino, pues, ha de adentrarse en el costado de Cristo dormido en la Cruz, de donde nace su Esposa, Madre fecunda de un Cuerpo disciplinado al que alimenta con los sacramentos.

«Existe, por tanto, un nexo íntimo entre Cristo, la Iglesia y la evangelización. Mientras dure este tiempo de la Iglesia, es ella la que tiene a su cargo la tarea de evangelizar. Una tarea que no se cumple sin ella, ni mucho menos contra ella» (Ev. Nunt. 16). Es una «dicotomía absurda » pretender «amar a Cristo pero sin la Iglesia, estar en Cristo pero al margen de la Iglesia, escuchar a Cristo pero no a la Iglesia» (ibid.). La disciplina no es algo de decoración ni una gimnasia de buenos modales. Un corazón indisciplinado puede llegar a configurar el «hombre turba» del que habla San Ignacio y «turba» son aquellos hombres que no tienen

dominadas sus pasiones; por ello pueden sembrar la desunión, dividir mediante la traición para ganar unos pocos adeptos, instaurar un estado de injusticia por una continua actitud farisaica en el seno de una comunidad o de una Diócesis.

Quise hablar en esta meditación del amor a la «Santa Madre Iglesia hierarchica», y hemos desembocado en nuestra propia responsabilidad de ser hijos de la Iglesia y – a la vez– hacer Iglesia. Nuestro amor a la Iglesia debe llevarnos a expresarla ante el mundo en su santidad, en su cálida fecundidad y en su disciplina que es ser toda de Cristo y, como dice el Concilio, «la Dei Verbum religiose audiens et fidenter proclamans». Que nuestra Señora, la Virgen Madre, nos obtenga del Señor la gracia de un amor santo, fecundo y disciplinado a la Iglesia.

ENVIADOS A LA MISION - LOS DIÁLOGOS CON JESÚS SON LEALES Y CON EL CORAZÓN ABIERTO

El Señor, como «amigo de la naturaleza humana», nos convoca y nos envía a la batalla por el gozo de la vida verdadera. Nos envía a ayudar a todos los hombres a vivir en la verdadera alegría del reino, en el espíritu de las bienaventuranzas: «Considerar el sermón que Cristo nuestro Señor hace a todos sus siervos y amigos, que a tal jornada envía, encomendándoles que a todos quieran ayudar en traerlos, primero a suma pobreza espiritual y, si su divina majestad fuere servida y los quisiere elegir, no menos a la pobreza material; 2º, a deseo de recibir humillaciones y desprecios, porque de estas dos cosas se sigue la humildad... y de ella todas las otras virtudes» (EE 146). Como dice el cardenal Martini: es interesante este mandato misionero del Señor. Extrañamente no dice: llamen al mayor número de personas a la Iglesia, háganlas bautizarse, creer, venir a misa..., sino ayuden a todos los hombres, sin excepción, a liberarse de las riquezas que preocupan, del deseo de agradar y de la fama que es fluctuante y de la soberbia que mata el amor. El Señor, amigo de la naturaleza humana, manda liberar a todos de las «redes y cadenas» con que el demonio tiene atadas a las personas, manda ayudar a todos a vivir en la libertad de los hijos de Dios, en el desprecio de las esclavitudes mundanas que enceguecen, ponen triste y angustian. Es el mandato del final del evangelio de Mateo: «Vayan y hagan discípulos de todos los pueblos... enseñándoles a observar todo cuanto les he mandado» (Mt 28, 19-20). Es el mandato a enseñar a vivir en el espíritu de las Bienaventuranzas que trae la libertad de corazón de la que tenemos necesidad todos: cristianos y protestantes, judíos, musulmanes, ateos, progresistas y conservadores y también los indiferentes. No se trata de decirle al otro: «Deja tus convicciones y accede a las mías que son mejores», sino de ofrecer una ayuda a partir de la experiencia de Jesús sin pedir nada a cambio, sin exigir condiciones. Todos los hombres sienten necesidad de la libertad que enseña Jesús, aun cuando ya tengan una fe, todos necesitamos liberarnos de la angustia y encontrar la paz y la alegría. Es este camino de la paz el que debemos proponer de manera práctica, ética, camino que lleva al hombre a descondicionarse de tantas opresiones cotidianas de la vida moderna». Quisiera que nos detuviéramos un momento a meditar en dos características propias del estilo con que Jesús evangeliza y con el que nos envía a evangelizar: el gozo y el diálogo.

El Señor que nos comunica el gozo de evangelizar

Nuestro gozo en Dios es misionero, es fervor: «Hemos encontrado al Mesías»... «lo llevó a Jesús»... «lo hemos encontrado, ven» (Jn 1, 41-46), «Ve a mis hermanos» (Jn 20, 17-18).

Este gozo es consolación. Es el signo de la armonía y unidad que se realiza en el amor. Es signo de unidad del cuerpo de la Iglesia, signo de edificación. Hemos de ser fieles al gozo y no «gozarlo» como un bien propio. El gozo es para maravillarse y comunicarlo. El gozo nos abre a la libertad de los hijos de Dios; separarnos de las cosas y situaciones que nos aprisionan es crecer en libertad, es ser indiferente.

El gozo, signo de la presencia de Cristo, configura el estado habitual de un hombre o mujer consagrados. Buscar la consolación no por ella misma, sino por ser signo de la presencia del Señor. La consolación en cualquiera de sus modos: «Llamo consolación cuando en el ánimo se causa alguna moción interior con la cual viene la ánima a inflamarse en amor de su Criador y Señor y consecuentemente, cuando ninguna cosa criada sobre la faz de la tierra, puede amar en sí, sino en el Criador de todas ellas. Asimismo, cuando lanza lágrimas motivadas a amor de su Señor, ahora sea por el dolor de sus pecados, o de la pasión de Cristo nuestro Señor, o de otras cosas derechamente ordenadas en su servicio y alabanza «finalmente llamo consolación todo aumento de esperanza, fe y caridad y toda leticia interna que llama y atrae a las cosas celestiales y a la propia salud de su ánimo, quietándola y pacificándola en su Criador y Señor» (EE.316).

La dulce y confortadora alegría de evangelizar

El gozo es el fervor. Pablo VI concluía su *Evangelii Nuntiandi* hablándonos de este fervor:

«De los obstáculos que perduran en nuestro tiempo, nos limitamos a citar la falta de fervor, tanto más grave cuanto que viene de dentro. Dicha falta se manifiesta en la fatiga y desilusión, en la acomodación al ambiente y en el desinterés, y sobre todo la falta de alegría y esperanza... Os exhortamos a alimentar siempre el fervor del espíritu... Conservemos, pues, el fervor espiritual. Conservemos la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas.

Hagámoslo... con un ímpetu que nadie ni nada sea capaz de extinguir. Y ojalá el mundo pueda recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y

desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido... la alegría de Cristo ... (Ev. Nunt. 80). En este ambiente de gozo que se alimenta en la contemplación de Cristo: cómo andaba, cómo predicaba, cómo curaba, cómo miraba..., nos centraremos en el modo de dialogar que tenía el Señor.

El Señor nos comunica su modo de dialogar

Lo haremos, en primer lugar, mirando sus diálogos con la gente. Cómo habla Jesús con quienes le quieren poner condiciones, cómo con quienes pretenden tenderle una trampa, cómo con aquellos que tienen el corazón abierto a la esperanza de la salvación.

Diálogos condicionados

Tanto los tres casos de Le. 9, 57-62, como Nicodemo (Jn 3, 1-21), y la Samaritana (Jn 4, 1-41), condicionan su acercamiento a Jesús; sus diálogos son condicionados. Los tres primeros buscan poner un límite a su entrega: la riqueza, los amigos, el padre. La samaritana procura desviar el diálogo porque no quiere tocar lo esencial, prefiere hablar de teología en vez de reconocer a sus maridos. Nicodemo condiciona su acercamiento a Jesús a la seguridad: va de noche a buscar las explicaciones. Y Jesús, porque no lo ve dispuesto, lo deja enredado en sus propias cavilaciones, porque para él la cavilación era el refugio egoísta para no ser leal.

Diálogos tramposos

Otro grupo de diálogos con Jesús son tramposos. Se busca «tentar» al Señor para encontrar una fisura en su coherencia que posibilite concebir la piedad como un trueque; y entonces se trampea la fe por la seguridad, la esperanza por la posesión, el amor por el egoísmo. En la escena de la mujer adúltera (Jn 8, 1-11), si dice que sí se desdibuja su misericordia, si dice que no, va contra la ley. En estos diálogos de trampa Jesús suele hacer dos cosas: decir una palabra que es doctrina, a quien lo quiere trampear, y otra a la víctima (en este caso a la adúltera) o a la situación usada para trampear. Aquí, a los tramposos les devuelve la condena, indicándoles que se la apliquen a sí mismos; y a la mujer le devuelve su vida, señalándole que se haga cargo de ella. En este mismo sentido pueden meditar las trampas del tributo al César, que entraña la tentación saducea de colaboracionismo con el Estado (Mt 22, 15-22) y la de la declaración acerca de la propia autoridad (Lc 20, 1-8), a la cual el Señor responde exhortándoles a que se hagan cargo de las «autoridades»

que Dios les mandó y que ellos no aceptaron. Hay una trampa, saducea también, en cuya respuesta el Señor levanta la mira hacia horizontes escatológicos. Cuando la dureza del corazón tramposo es irreversible, entonces se peca de muerte, se peca contra el Espíritu Santo (Mt.12, 32), se confunden los espíritus. La trampa es tan sórdida que el Señor no entra en la dialéctica de una respuesta: simplemente vuelve a la pureza de su gloria, y desde allí responde: Lc 20,27-40. La raíz de toda trampa entraña siempre vanagloria, posesión, sensualidad, orgullo. Y el mismo Señor nos enseñó a responder a estas persuasiones tramposas con la historia gozosa de nuestro pueblo fiel: Mt 4, 1-11.

Diálogos leales

Finalmente hay un tercer grupo de diálogos de Jesús, que podríamos llamar diálogos leales. Se da en los que se acercan sin doblez, enteros, con el corazón abierto a la manifestación de Dios. Todo es puesto sobre la mesa. Cuando alguien se acerca así, el corazón de Cristo se llena de gozo (Lc 10, 21). Meditemos el diálogo del ciego de nacimiento con el Señor (Jn 9, 1-41). El verdadero gozo se fragua en el trabajo, en la cruz. El gozo que no ha sido «probado» no deja de ser un simple entusiasmo, muchas veces indiscreto, que no puede prometerse fecundidad. Jesús nos prepara para esta prueba, y nos advierte para que seamos prontos a resistir: «Vosotros ahora tenéis congoja; mas otra vez os veré, y se gozará vuestro corazón y vuestro gozo nadie os lo quitan» (Jn 16, 22). San Ignacio también nos exhorta a vencer la tentación y la desolación con el trabajo constante y la esperanza de la futura consolación: «El que está en desolación trabaje de estar en paciencia, que es contraria a las vejaciones que le vienen, y piense que será presto consolado, poniendo las diligencias contra la tal desolación, como está dicho en la sexta regla» (EE. 321).

EL SEÑOR QUE NOS LLAMA Y NOS FORMA - “PODREMOS ESTAR SOLOS EN UNA MISIÓN, PERO ALLÍ ESTÁ LA IGLESIA”

En la meditación del Reino, Ignacio enmarca las contemplaciones sobre la vida de Jesús dentro de un gran llamamiento. La vida del Señor es llamado, es un decirnos “ven y sígueme” y atraernos tras de sí en su subida al Padre, subida que pasa por la cruz. La vida del Señor es llamamiento. La nuestra, por tanto, será seguimiento. Un seguimiento en el que nos vamos dejando formar por el Señor y configurar el corazón a imagen del suyo.

Seguimiento y bienaventuranzas

Y el seguimiento del Señor va por el camino de cumplir sus mandamientos, como nos dice san Juan: “En esto sabemos que le conocemos: en que guardamos sus mandamientos. Quien dice que permanece en Él debe vivir como vivió Él (1 Jn 2, 3-6). Guardar los mandamientos, lo que Él nos pide: las bienaventuranzas del Reino, contra la ilusión de las posturas poco generosas. «Quien dice: yo le conozco y no guarda sus mandamientos es un mentiroso» (Jn 2, 4). Es la mentira segunda. El estado de pecado, el alma pagana, es la mentira primera; en cambio, decir que conocemos a Dios sin seguirlo de cerca configura la mentira segunda. Y nosotros, pastores del pueblo fiel de Dios, podemos llegar a vivir a medias, vivir en esta mentira segunda. En el Principio y Fundamento pedíamos la gracia de ser justos para con Dios, reconociéndolo como Creador. Ahora nos enfrentamos al Señor Salvador. Que nos conceda la gracia de hacerle justicia reconociéndolo como tal. ¿Y qué es hacerle justicia al Salvador, qué significa llenarnos de su justicia salvadora? Simplemente aceptar los caminos que el Señor quiso elegir para salvar: el camino de las bienaventuranzas. En la visión de Ignacio –realista con respecto al combate espiritual– las bienaventuranzas se condensan en la pobreza y las humillaciones («injurias, vituperios y pobreza», dice Ignacio).

Seguimiento y trabajo pastoral

En una fórmula bien cotidiana, humillación y pobreza es trabajar: asumir la ley de todos, que nos hace igual a los otros. Y es tal nuestra inclinación a no querer gozar y sufrir con y como los otros que –para mantenernos fieles en el servicio del Reino– debemos esforzarnos por abrazar lo que para el egoísta es humillación y pobreza. Seguir de cerca a Jesús es seguirlo por el camino que hizo primero, vivir como Él vivió:

«Mi voluntad es de conquistar toda la tierra de infieles; por tanto, quien quisiera venir conmigo ha de estar contento de comer como yo, y así de beber y vestir, etc., asimismo ha de trabajar conmigo en el día y vigilar en la noche, etc.; porque así después tenga parte conmigo en la victoria como la ha tenido en los trabajos» (EE. 93). Y esto por amor, en la conciencia de que fuera de Él nada podemos hacer (Jn 15, 1-5). Y sin condicionar su llamado, (cfr. Lc 9, 23-26; 9, 57-62), en el convencimiento de que el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar su cabeza, de que es conveniente que la muerte no detenga la vida, y de que quien comienza a mirar –con añoranza– hacia los ajos y cebollas de Egipto, no es apto para el Reino.

El estilo del trabajo apostólico: quiero, deseo y es mi determinación deliberada

Seguir a Jesús en la invitación del Reino es «seguirlo en el trabajo», de ahí que esta meditación la vamos a terminar con el ofrecimiento de nosotros mismos al trabajo, y lo haremos con las palabras con las que San Ignacio señala el estilo del trabajo apostólico: «Yo quiero, y deseo, y es mi determinación deliberada» (EE.98). «Quiero» que se opone a la veleidad; «deseo» contra la acedia, «determinación deliberada» contra la inconstancia.

Esto se opone a ciertos querereres fulgurantes, ocurrencias que no son más que el ropaje de una inconstancia, verdadero síntoma de acedia espiritual. Hacerle justicia al pueblo fiel de Dios supone ser muy constantes en el pastoreo, en la respuesta a su a veces cansador pedido de ser ungidos (tocados) por Dios en cualquier momento: sacramentos, bendición, palabra... El pueblo fiel cansa porque pide cosas concretas. En cambio pueden seducirnos los trabajos que nos permiten un refugio en la fantasía. Dentro de nuestra mente somos reyes y señores y quien se dedique exclusivamente al cultivo de su fantasía nunca llegará a sentir la urgencia de lo concreto. Pero el trabajo pastoral de nuestras diócesis y parroquias es otra cosa. Supone reflexión y trabajo intelectual, pero fundamentalmente la mayor parte del tiempo se va en estar haciendo obras de caridad. Caridad para atender con ánimo parejo a la gente que se acerca a pedir las cosas más diversas: uno preguntará si puede cambiar una promesa, otro pedirá un certificado para bautizar en la catedral; otro, una misa de difuntos tal día y no otro. La gente es implacable en las cosas tocantes a la religión. Así como es fiel en cumplir los compromisos, también exige fidelidad en la atención pastoral a los naturales encargados de dispensarla. Y el sacerdote y el obispo no se pertenecen. Podrá a veces refugiarse en otras cosas, pero todas esas «otras cosas» se estrellan frente a la madre de

familia que le hace caminar cuerdas o andar kilómetros para bendecirle la casa. Hemos de ser justos con el pueblo fi el de Dios.

La constancia apostólica que hace Institución

La constancia apostólica se basa sobre este querer determinado.

Más aún, en un cuerpo cuando el querer es firme surge una institución. Porque nada puede marchar bien entre los seres humanos sin instituciones. El verdadero gobernante es el legislador, el que deja a su pueblo un legado de normas para regirse en el futuro. La Iglesia es visible, no meramente pneumática. Iglesia visible significa una organización perceptible por todos. Una Institución pastoral es un cuerpo y un alma, es una tradición y un carisma, es una historia y un presente. Podremos estar solos en una misión, pero allí está la Iglesia. Cada miembro del cuerpo reproduce en sí la totalidad de la institución. La Iglesia siempre buscó las organizaciones vivas, con espíritu, porque una tradición muerta no sirve para nada. No es propio de la Iglesia la organización meramente formal, fundada más en una papelería burocrática o en la idolatría de los números. Necesitamos la ley pero es el espíritu el que vivifica. Pero tampoco es propio de la Iglesia el dejar todas las cosas a la inspiración de los acontecimientos. ¿Y cuál es la fuente de las instituciones eclesiales, ya sean misiones, parroquias u órdenes religiosas? Hay una sola, una sola y querida por Cristo Nuestro Señor. Como todas las cosas del Señor se da en lo secreto y crece como la semilla cuidada solamente por la mano de Dios. La única y exclusiva fuente de las instituciones visibles en la Iglesia son los sacramentos nacidos del Costado de Cristo y dentro de ellos, la Eucaristía y el Bautismo que la prepara. A veces se ha hablado de sacramentalismo, oponiéndolo a la evangelización (Ev. Nunt. 47), pero se ha olvidado de que allí, en la administración de los sacramentos con un sólido apoyo de catequesis global, hay una organización escondida en el seno del pueblo fi el de Dios. ¿Qué quiere una institución pastoral, sino perfeccionar la gracia del bautismo para extender el Reino de Cristo? ¿Qué quiere una misión o una diócesis con sus parroquias? ¿Acaso no busca consolidar la vida? ¿Y cómo se consolida una vida sino con la plena institución sacramental, cuya «admirable fecundidad de gracia y santidad son la expresión viva de la vida sobrenatural» (Ev. Nunt. 47)? Esto es lo que hay debajo de nuestra constancia apostólica creadora de instituciones. Pienso que las manos de un misionero, de un párroco, de un obispo, más que expresar gestos rutinarios deben temblar de emoción al administrar un bautismo, porque está poniendo gestos contundentes que hacen institución.

La fidelidad apostólica es una órbita institucional de la Iglesia, de ahí que hemos de defenderla de toda acedia con nuestro trabajo constante fruto del «quiero y deseo y es mi determinación deliberada» que hagamos hoy frente al Señor. Quisiera detenerme un poco en la descripción de ese vicio antiapostólico, la acedia, que apolilla nuestra misión de pastores del pueblo fiel.

La acedia

Lo típico de toda acedia es algo así como una utopía; un no hacernos cargo de los «tiempos, lugares y personas» en los que se enmarca nuestra acción pastoral. Algún filósofo diría que pretende ser aespacial y atemporal. Aparece bajo diversas manifestaciones en nuestra vida de pastores y es preciso estar alerta para poder discernirla bajo los ropajes con que se disfraza. A veces es la parálisis, donde uno no termina de aceptar el ritmo de la vida. Otras veces es el pastor saltimbanqui que, en su vaivén, muestra su incapacidad de estar en sí fundado en Dios y en la historia concreta con la que está hermanado. En algunas ocasiones se presenta en la elaboración de grandes planes sin atender a las mediaciones concretas que los van a realizar; o, por el contrario, enredada en las pequeñeces de cada momento sin trascenderlas hacia el plan de Dios. ¡Cómo debemos recuperar aquí aquello del epitafio de San Ignacio!: «Non coaceri a maximo, contineri tamen a mínimo, divinum est». Hemos visto a muchos tentados de acedia: hemos visto a los que sueñan proyectos irrealizables para no realizar lo que buenamente podrían hacer. Los que no aceptan la evolución de los procesos y quieren la generación espontánea. Los que creen que ya todo está dicho y no se debe andar más. Los que cerraron su corazón, como los de Emaús, a nuevos «pasos del Señor». Los que no saben esperar y por eso son disgregantes, por su misma cerrazón a la esperanza. La acedia es disgregación porque lo que congrega es la vida y éstos no aceptan la vida.

Hace bien reconocer que la acedia es una realidad que nos visita mucho, una amenaza a nuestra vida cotidiana de pastores; humildemente saber que existe en nosotros y alimentarnos con la palabra de Dios que nos da la fuerza para querer, desear y determinarnos deliberadamente. En cambio, el nuevo mandamiento es total: sabemos que al odio se lo vence con el amor, a la violencia con la ternura: «Ver las sinagogas, villas y castillos por donde Cristo nuestro Señor predicaba» (EE.91). Es el trabajo de cada día, la constancia apostólica, el «quiero y deseo y es mi determinación deliberada» (EE.98) de todos los días..., sin bajar el tono. No basta el «todo esto lo he guardado desde mi juventud» (Mc 10, 20). El «ven y sígueme» es como el de Pedro, que lo deja todo: Lc 18, 28-30.

Deshilacharse en la acción pastoral

Solamente el operario que ha sabido renunciar a la veleidad, a la acedia y a la inconstancia, para deshilacharse todo el día y todos los días en el servicio pastoral, solamente él entenderá con el corazón el precio del rescate de Cristo, y –quizá sin explicitarlo– sus manos laboriosas protegerán y harán crecer la unidad de la Iglesia, esa participación con Dios nacida de la pertenencia a la Santa Madre Iglesia, que nos configura hijos del Padre, hermanos entre nosotros y padres del pueblo fiel de Dios. Solamente el trabajador incansable sabe, en su «quiero y deseo y es mi determinación deliberada», cómo conservar la «inmaculada unidad» de la Iglesia (como la llamaba San Ignacio de Antioquia en su carta a los Efesios, 2, 2). Así como el pecado adquiriría su dimensión real en contacto con el Señor, así también la ley adquiere su real grandeza en el seguimiento del Señor. Un seguimiento que puede comenzar con una mera curiosidad: «Señor, ¿dónde moras?» (Jn 1, 35-51), pero que siempre termina en el despojo más absoluto: «Cuando eras joven tú mismo te ceñías e ibas adonde querías; pero cuando llegues a viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras» (Jn 21, 15-23). Es un seguimiento en el cansancio de todos los días, con cruces y agonías (Mc 14, 33), con alegrías y consolaciones (Mc 9, 2), pero siempre mirando al Señor: «Fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consuma la fe, el cual, en lugar del gozo que se le proponía, soportó la cruz sin miedo a la ignominia, y está sentado a la diestra del trono de Dios» (Hb 12, 1-4). Concluimos la oración haciendo nuestro ofrecimiento al trabajo. Toda la corte celestial está presente. Mi oblación se hace pública ante la Iglesia triunfante, en favor del pueblo fiel de Dios: «Eterno Señor de todas las cosas, yo hago mi oblación con vuestro favor y ayuda delante vuestra infinita bondad, y delante vuestra Madre gloriosa y de todos los santos y santas de la corte celestial, que yo quiero y deseo, y es mi determinación deliberada, sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza, de imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza, así actual como espiritual, queriéndome vuestra santísima majestad elegir y rescibir en tal vida y estado» (EE. 98).

EL SEÑOR QUE NOS UNGE: «TRES MANERAS DE HUMILDAD» - «LOS ANTICRISTOS ESTÁN ENTRE NOSOTROS: SON LOS QUE SE HAN CANSADO DE CRISTO HUMILDE»

«Hijos míos, es la hora última. Habéis oído que iba a venir un Anticristo; pues bien, muchos anticristos han aparecido, por lo cual nos damos cuenta de que es la última hora... En cuanto a vosotros, estáis ungidos por el Santo, y todos vosotros lo sabéis... Y, en cuanto a vosotros, la unción que de Él habéis recibido permanece en vosotros y no necesitáis que nadie os enseñe. Pero como su unción os enseña acerca de todas las cosas –y es verdadera y no mentirosa– según os enseñó, permaneced en Él...» (1 Jn 2, 18-28).

Cada época tiene sus dificultades, la vida del creyente también tiene las suyas. El recurso para abordarlas es el mismo que el Señor nos indicó: «Tengan bien presente que no deberán preparar su defensa, porque yo mismo les daré una elocuencia y una sabiduría que ninguno de sus adversarios podrá resistir ni contradecir» (Le 21, 14-15). Es el recurso a la unción. San Juan nos recuerda «la última hora» como momento escatológico. La hora del anticristo, de los falsos profetas (Mt 24, 11). La última hora es la venida de Cristo... Y –por tanto– toda venida de Cristo en nuestra vida y las reacciones que suscita. Para ser fieles a este momento escatológico se nos pide que no nos olvidemos de la unción que hemos recibido.

Los que se han cansado de Cristo humilde o maneras de rechazar la vocación a la cruz

Los anticristos están entre nosotros: son los que se han cansado de Cristo humilde. La pertenencia a Cristo no se juzga solamente por estar físicamente en una comunidad.

Va más allá: es pertenencia al Espíritu, es dejarse ungir por el mismo Espíritu que ungió a Jesús. Quien juzga de nuestra unción es el mismo Señor, «que conoce lo que hay en cada hombre» (Jn 2, 24-25). En la medida en que Cristo es aceptado por el corazón, entonces, quien lo acepta deviene fuente de división (Mt 10, 21). Es el signo de los últimos tiempos (Le 21, 28). El creyente participa, del mismo Cristo, quien «está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para ser señal de contradicción » (Lc 2, 34). Quien no tiene unción, quien no la acepta o la suple por mera ciencia humana, puede negar de hecho esta vocación a la cruz.

Seleccionar para sí los signos de contradicción

Una primera manera de negarla consiste en la actitud de quien pretende seleccionar para sí los signos de contradicción. La cruz, entonces, ya no es obediencia de la propia vida, seguimiento amoroso del Señor por el Camino que Él transitó primero, sino postura artificial, vedetismo, superficialidad. Hemos visto a muchos sacerdotes y religiosos que, en su vida de comunidad, juegan a la Iglesia primitiva. También los hay que juegan a la cruz en su vida apostólica. En este caso, las persecuciones que puedan sobrevenir no nacen del cielo por la gloria del Padre, por el cumplimiento de la voluntad de Dios, sino de una exquisita y elitista selección de los medios que, al propio egoísmo ya la propia vanidad, le parecen más conducentes.

No aceptar el talante bélico de la vocación: irenismo

La segunda manera de negar nuestra vocación a la cruz radica en no aceptar el talante bélico de nuestra vocación. Se trata de la tentación de «paz a cualquier precio», la tentación del irenismo. Se teme a la contradicción y, entonces, se recurre a todo tipo de acomodados y pasteos... Para que haya paz... lo cual significa: para que no aparezca ninguna contradicción. El resultado: hombres y mujeres que no saben de verdadera paz, sino que viven la cobardía o, si se quiere, la paz de los sepulcros.

Los que van más allá de la doctrina de la comunidad

La raíz de ambas tentaciones está en no despojarse del deseo de pretender ser protagonistas; de la cruz, los primeros; de la paz, los segundos. Y se olvidan que, tanto la cruz como la paz ya han tenido un Protagonista que colmó y dio sentido a todo seguimiento en el dolor como en el consuelo de la Resurrección. Estos dos grupos de personas, enemigos de la Cruz de Cristo, se exceden, «van más allá» de la doctrina de la comunidad (2 Jn 9); fabrican una alternativa con la estatura de su egoísmo, son delirantes, «alucinados en sus delirios, manchan la carne, desprecian al Señorío e injurian a las Glorias» (Judas 9).

Asegurados en Cristo

En estas divisiones y posturas contrarias a la Cruz del Señor, nuestra seguridad radica en la unción. Es la Palabra recibida, internalizada. Por ella sabemos todo, nos enseña todo (1 Jn 2, 27). La unción nos pone en la verdad. Permaneciendo en

Jesús conoceremos la verdad (Jn 8, 32). La mentira es Satán. No se trata de multiplicar las consignas, sino de reconocer en esta unción, en este «sensus fidelium», la verdadera pertenencia al Cuerpo de Cristo. La unción es la realidad de los últimos tiempos, en que será dada a todos (cfr. Jerem. 31, 34). Tened presente, en los momentos de verdadera contradicción, la promesa del Señor: yo os inspiraré una sabiduría... (Lc 21, 15; Lc 12, 12). Porque la unción es sabiduría, y hay que pedirla (Sab 9, 5 - 9). Por la unción somos asegurados en Cristo (2 Cor 1, 21). Nos da una solidez y una certeza incapaz de ser confundida (Hebr 6, 19; Lc 1, 4; Filip 3, 1).

Se unge lo que debe ser perfeccionado

El Señor nos enseña que se unge lo que debe ser perfeccionado y curado: se unge al muerto (Mc 16, 1), se unge al enfermo (Mc 6,13; Sant 5, 14), se ungen las heridas (Lc 10, 34), se unge el penitente (Mt 6, 17). La unción tiene sentido de reparación (Lc7, 38; 7, 46; 10, 34; Jn 11, 2; 12, 3). Todo esto es válido para nosotros: somos resucitados, curados, reformados, reparados por la unción del Santo. Todo yugo de esclavitud es destruido a causa de la unción (cfr. Is 10, 27). El primer ungido es el Señor (Lc 2m 26; Hech 4, 26; Le 4, 18; Hech 10, 38). Fue ungido con aceite de júbilo (Hebr 1, 9). El júbilo nos evoca la gloria. Ser ungido es participar de la gloria de Cristo, que es su Cruz. «Padre, glorifica a tu Hijo... Padre, glorifica tu Nombre» (Jn 12, 28). En cambio, los que buscan la paz o las contradicciones fuera de la unción no buscan la gloria de Dios en la Cruz de Cristo: «¿Cómo podréis creer vosotros, que aceptáis gloria unos de otros, y no buscáis la gloria que viene del único Dios?» (Jn 5,44).

Desear o estar dispuesto a sufrir pacientemente: el ámbito de la elección o reforma de vida

Cuando San Ignacio nos hace meditar los tres grados de humildad, nos quiere llevar a esta unción en su radicalidad máxima: el culmen de toda sabiduría, la cruz de Cristo. (EE. 165-168). Y en el Directorio autógrafo señala: «En la segunda semana, donde se trata de elecciones, no tiene objeto hacer deliberaciones sobre el estado de vida a los que ya lo han tomado. A éstos, en lugar de aquella deliberación, se les podrá proponer qué querrán elegir de estas dos cosas: la primera, siendo igual servicio divino y sin ofensa suya ni daño del prójimo, desear injurias y oprobios y ser rebajado en todo con Cristo para vestirse de su librea, e imitándole en esta parte de su cruz; o bien estar dispuesto a sufrir pacientemente, por amor de Cristo nuestro Señor, cualquier cosa semejante que le suceda».

El área, por así decirlo, dentro de la cual debemos elegir, no es otra que o el desear las injurias o aceptarlas, y todo por amor a Cristo. Ésta es la Gloria, ésta es la Sabiduría, ésta es la unción que nos enseña el camino a seguir sin equivocaciones. Aquí cabe la invitación de San Agustín: «Volvamos, pues, a aquella unción de Cristo, a aquella unción que nos enseña desde dentro lo que nosotros no podemos expresar, y –ya que por ahora os es imposible la visión– sea vuestra tarea el deseo. Toda la vida del cristiano es un santo deseo» (In 1ª. Ep. Ioan., 4). Porque en la medida en que somos ungidos por la sabiduría de la cruz, se ensancha nuestro corazón en el deseo de las grandes cosas: como a Cristo, en cruz, también a nosotros se nos abre el corazón. La magnanimidad fecunda, la que siempre «va más allá», la que busca «sólo lo que más conduce », es hija de la cruz.

Contemplando al Señor puesto en cruz, con el corazón abierto; ya su Madre Santísima de pie, pidamos la gracia de ser ungidos en su seguimiento, de ser crucificados con Él... y que nuestro corazón sea salvado de las mezquindades que achican y encogen... que aprenda, en la unción de la cruz, la medida de los grandes deseos; que son instrumento de fecundidad de la Santa Madre Iglesia.

EL SEÑOR QUE NOS FORMA - «SABEMOS POR EXPERIENCIA QUE NO ESCASEAN LAS TENTACIONES»

Inmediatamente antes de la meditación del Reino, Ignacio pone las Adiciones «para mejor hacer los ejercicios y para mejor hallar lo que desea». Enseguida vienen las contemplaciones de la vida oculta, en las que nos hace pedir «conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga (EE 104). La dinámica de esta estructura –Adiciones- Rey-Vida Oculta– es encarnatoria, inculturadora diríamos hoy, formativa: que Cristo se forme en nosotros (Cfr. Gal4,19). La formación es esa asimilación por amistad a Jesucristo de la que se habla en la meditación del Reino: «Quien quisiere venir conmigo, ha de ser contento de comer como yo, y así de beber y vestir, etc.; asimismo ha de trabajar conmigo en el día y vigilar en la noche, etc.; porque así después tenga parte conmigo en la victoria, como la ha tenido en los trabajos». (EE 95).

Nazaret es una dimensión permanente en el hombre apostólico

No se trata, pues, de ver la vida oculta como un estadio previo de la vida pública, sino como síntesis de toda la vida del Señor. A veces hemos creído que la vida oculta era nuestra etapa de formación y la vida pública, los años que van después del sacerdocio. La cosa no es así, Nazaret es una dimensión permanente en el hombre apostólico. El que quiere más acción necesita más contemplación. El que tiene que tomar más decisiones en Cristo necesita más formación en Cristo. Nazaret es como la piedra de toque para detectar la hondura de nuestro apostolado, es comprender que, desde el vamos, el Misterio del Señor es Misterio de Salvación. Por eso hablaría de Nazaret como de esa fuerza oculta que hace de nuestro apostolado una auténtica fuerza de institucionalización de la obra del Reino. Nazaret nos hace cuerpo y miembros de un Cuerpo; nos hace apuntar al blanco y no ser un tiro al aire; nos pone en el trabajo que cimienta historia y no en «empleos ocasionales» apostólicos sin raíces.

Crecimiento de la Palabra en nosotros como formación permanente

San Lucas insiste en el misterio de que «el Niño crecía» y lo constata luego también en los Hechos de los Apóstoles: «Entretanto la Palabra de Dios crecía y se multiplicaba» (Hc 12, 24; 19, 20). Nosotros, que hace años hemos comenzado nuestra vida apostólica, ¿conservamos todavía la esperanza con que entonces comenzamos? ¿Estamos convencidos de que la Palabra tiene mucho que crecer y que robustecerse en nuestro interior? ¿Que el Señor tiene muchos tesoros de

contemplación que comunicarnos? ¿Tenemos este fervor y este deseo de «crecer» día a día en el servicio del Señor y de renovarnos y mantenernos en una formación permanente?

La vida oculta como lugar del primer amor

Sabemos por experiencia que en este punto no escasean las tentaciones, que los ideales primeros se desgastan –«tengo contra ti que has perdido tu amor de antes» (Ap 2, 4)–, que la memoria de las «maravillas que hizo el Señor» se obnubila. Somos conscientes de la lucha que hemos de mantener por ser leales en el servicio de Jesús y en nuestra pertenencia a la Iglesia. Pues bien, las contemplaciones de la vida oculta son el lugar para refrescar el primer amor, para reconectarnos con la fuente de la salvación, con ese amor de María que concibe al Verbo, con ese amor de María y de José, que lo cuidan y lo forman en Belén, en Nazaret y en Egipto. Especialmente para el que tiene que ejercer la tarea de maestro, de pastor, de juez, de cabeza, poder bajar a ser simple discípulo, hacerse otra vez como niño que necesita ser cuidado y formado, es descanso para el alma. Y con el Señor siempre somos discípulos, siempre somos niños, siempre tenemos que «hacernos » discípulos y pequeños.

La vida oculta nos renueva la esperanza calmando todo desaliento y ansiedad

Cuando se enfría este fervor contemplativo, este ardor por la formación, sentimos pasar cerca nuestro –cuando no anidar en nuestro corazón– el desaliento y el desencanto, como si todo ya estuviera vetusto, acabado. Sobreviene la inercia, o por el contrario, la ansiedad por querer hacer todas las cosas como «de nuevo», como si no tuvieran historia, sin memoria. Es entonces cuando los conflictos propios de la época en que vivimos pueden minar nuestra esperanza, volverla puramente nominal, apocarla.

La vida oculta nos devuelve la calidez de la caridad serenando todo activismo

Otras veces, el querer dar una respuesta a esos problemas del mundo de hoy nos lanza a una acción apostólica activista, o puramente temporal, como si toda nuestra caridad de hombres de Iglesia se evaluara por la cantidad de tiempo que dedicamos a la acción, o de las organizaciones apostólicas que somos capaces de llevar

adelante: algo así como si se desgajara la acción apostólica fuera de la calidez materna de la Iglesia.

La vida oculta nos fortalece en la fe pacificándonos de toda ansiedad posesiva

Finalmente, la exigencia de nuestra naturaleza de hombres nacidos para ser fecundos nos sacude desde adentro y puede llevarnos a tomar posesión, a querer hacer nuestros a todos aquellos que ayudamos a crecer en Cristo; como si pretendiéramos poseer más que pastorear: buscamos solapadamente que nuestros fieles nos pertenezcan más a nosotros que a la Iglesia. Nuestra fe de pastores se vuelve entonces posesiva, controladora de la retribución, suspicaz. En fin, estas y otras tentaciones las conocemos de cerca y cada uno puede recordar las en sus propias con notaciones concretas. Traban nuestro crecimiento en el Señor; más bien nos van cerrando horizontes, reduciendo nuestra visión a la pequeñez de nuestra conciencia. Así, como somos, con nuestra vida diaria; nuestras lealtades y nuestros pecados, nuestras ilusiones y nuestras tentaciones, conviene que nos acerquemos al pesebre de Jesús con el deseo de que su gracia nos toque y nos ayude a seguir creciendo en su servicio. Y como «esclavitos indignos» –como dice Ignacio– renovemos nuestra esperanza contemplando, que nos ha sido dado, un Niño en medio de la vetustez de la familia humana. Nuestra caridad apostólica podrá robustecerse ante la soledad de una Virgen, fecunda como nadie, en calidez materna. Y mirar a aquel hombre, San José, que se hace cargo de lo que él no engendró, nos alentará a tener más fe en nuestra peculiar paternidad religiosa.

Meditación con San José

El Dios, que es siempre mayor y nos invita a seguirlo, es un Señor que nos toma en serio y puede hacerse cargo de nuestra debilidad, de nuestra pusilanimidad. Será bueno escuchar del Señor su «no temas». Al decirnos «no temas » es como si nos dijera «ten confianza». Esa palabra llega a nuestro corazón y se hace salvación. En los evangelios de la infancia, a San José y a la Virgen se les dice varias veces: «No temas». A San José, «el ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: José, hijo de David, no temas tomar contigo a María tu esposa porque lo concebido en ella viene del Espíritu Santo» (Mt 1, 20). No temas reconocerlo, integrarlo a tu estirpe de David, porque viene del Espíritu Santo y salvará a su pueblo. Se le dice en el fondo: no desconfíes de María. En otro sueño el ángel le manda temer por la vida del Niño y para guardar esa vida debe temer a Herodes y huir. El temor aquí es «cuidarse de» (Mt 2, 13-15) Y es como si oyésemos: no temas tomarte ningún

trabajo para guardar esta vida, para salvar la hora de ese Niño. Recibirá luego la orden de volver y el evangelista apunta que al volver y saber que en Judea reinaba el hijo de Herodes «tuvo miedo» (Mt 2, 22) y, confirmado en sueños, cambió el rumbo. En resumen, parecería que lo dicho a José es: recibe la misión de Dios, déjate conducir por Dios, abraza la dificultad, para salvar al Salvador. José salva la fama de María, la estirpe de Jesús, la integridad del Niño, su enraizamiento en la tierra de Israel... Pero a la par fue el primero salvado por Dios de una conciencia de justicia no abierta a los designios de Dios, de un plan de vida aislado, de una vida, quizás sin tantas tribulaciones, pero sin el consuelo de llevar a Dios en sus brazos. Releyendo el capítulo 1 de la Carta a los Hebreos con los ojos y el corazón de José podríamos ir sintiendo los «no temas» del Señor:

No temas remontarte de lo que se ve a lo que no aparece. No temas a Caín, porque aún muerto hablarás. No temas acercarte a Dios, porque existe y recompensa a los que lo buscan. No temas salvar a tu familia y condenar al mundo. No temas esperar la ciudad asentada sobre cimientos cuyo arquitecto y constructor es Dios. No temas ser sometido a la prueba, aunque cueste tu primogénito. No temas creer que por la fuerza de Dios se derrumbarán los muros enemigos. En el fondo de este «no temas» está el «no temas tomar tu cruz y seguirme». Y paradójicamente también está un temor que debemos guardar celosamente: «Temamos, pues, no sea que, permaneciendo aún en vigor la promesa de entrar en su descanso, alguno de Ustedes parezca llegar rezagado» (Heb 4, 1).

El «no temas» del Señor se convierte en un «anímate». Con la Carta a los Hebreos, con sus símbolos, podemos expresar este ánimo diciendo: ánimo a la Patria, ánimo a la ciudad edificada, ánimo a los rostros. Se nos dice que tengamos ánimo para conquistar la Patria, aunque esto signifique sacrificar el lote propio. Se nos anima a edificar la Ciudad, pero quizá tenga que derrumbarse la maqueta que hemos trazado en nuestra cabeza. Hay que animarse a que el escalpelo de Dios configure nuestro rostro, aunque el golpe borre algunos rictus que nosotros creíamos gesto. El tener ánimo es recibir la fuerza de Dios que es parresía y buen humor; esa sabia bonhomía que nos enseñará, como a José, a «saludar las promesas desde lejos».

EL SEÑOR QUE COMBATE POR NOSOTROS Y CON NOSOTROS - «EL CAMINO SE MIDE NO SÓLO CON EL METRO DE LO RECORRIDO, SINO CON LA MAGNITUD DE LA LUCHA»

La contemplación de los misterios de la vida pública del Señor comienza con la meditación de Dos Banderas. Es una meditación programática y el programa es de lucha, el Señor nos envía al combate espiritual. Un combate a muerte que Él lleva adelante y en el que nosotros somos invitados a encontrar nuestro lugar de lucha definitivo, conscientes de que la guerra es de Dios. La guerra es «contra el enemigo de natura humana » como llama Ignacio al Demonio. Y por tanto es guerra del «amigo de natura humana», del Señor que quiere conquistarnos para Dios y recapitular todo lo bueno de la creación en sí para ofrecerlo al Padre, para gloria suya. Lo que está en juego es si en mi corazón y en el de la Iglesia y el mundo entero se va instaurando el Reino de los cielos, con su ley de la caridad y con el estilo de vida del Señor: de pobreza, humildad y servicio, o se va instalando el reino de este mundo, con sus leyes y su estilo de riqueza, vanidad y soberbia. Lo característico de Ignacio es que nos va haciendo contemplar los misterios de la vida del Señor «preguntándonos al mismo tiempo en cual estado de vida quiere servirse de nosotros su divina Majestad» (EE. 135). Y si ya hemos elegido estado de vida, reformándolo para mejor. La pregunta no apunta tanto a «puestos de servicio» sino a algo más hondo y definitivo: es una pregunta por mi estado de vida. Y no como molde exterior, sino como principio vital: ¿En qué estado de vida o con qué reforma a mi estado de vida siento que mi corazón se irá volviendo más «amigo de Jesús», más parecido a Él, más pobre, más humilde y más servicial? ¿En qué estado de vida o con qué reforma a mi estado de vida el amor de Jesús se irá instaurando de manera definitiva en mí? El marco objetivo para ir haciéndonos esta pregunta es la de la lucha a muerte entre, las dos banderas. El cardenal Martini habla de «dos proyectos de vida contrapuestos» (vida y muerte, progreso y degradación de la existencia humana). Dos programas para los cuales no vale la ley del más o del menos, sino la ley de los contrarios, o uno o el otro.

Nosotros concebimos a menudo las situaciones pastorales en su aspecto lineal o evolutivo –del mal al bien, del bien a lo mejor–, o regresivo –del bien a lo menos bueno, y a lo malo–. Y nos lamentamos cuando no se da el desarrollo bueno o se da muy lento. De aquí que registremos con amargura el decaimiento de la fe, de la asistencia a misa... y comparemos con tiempos pasados mejores... Corremos el riesgo de hacer estático algo que está en movimiento. Olvidamos que la vida del cristiano es lucha continua contra el poder sugestivo de los ídolos, contra Satanás y su esfuerzo por llevar al hombre a la incredulidad, a la desesperación, al suicidio

moral y físico. Olvidamos que el camino cristiano se mide no sólo con el metro del trayecto recorrido, sino con el de la magnitud de la lucha, con el de la dificultad de los obstáculos superados y con el de la ferocidad de los asaltos a los que ha resistido.

Por eso el juicio sobre la vida de fe de hoy es complejo. No es suficiente valorar las estadísticas sociológicas –el aspecto cuantitativo de cuántos cristianos, cuántos practicantes, etc.–, sino que hay que tener presente la lucha tal vez dramática por la fe y el Evangelio que un cristiano debe sostener cada día para continuar creyendo, obrando evangélicamente, o al menos resistiendo contra la incredulidad. La meditación de las dos banderas nos enseña que el Señor nos ve como su pueblo en lucha contra el enemigo, y por eso tiene compasión, nos anima, nos sostiene y consuela. El Señor es un Sumo Capitán que da coraje a los suyos en la batalla y continuamente reanima y conforta, porque sabe cuán dura es la lucha y cuán despiadado y astuto el enemigo. La alegría de estar luchando codo con codo con el Señor, evita muchas frustraciones ligadas a un concepto de tipo empresarial de la «gestión» pastoral. Debemos pedirle al Señor esta percepción dramática de la vida cristiana, que si bien es dura en su formulación produce frutos de alegría y de paz en medio de la lucha, mientras que otras formulaciones más «pacíficas» o conciliadoras suenan bien al oído pero no consuelan en la práctica.

El discernimiento espiritual

«Queridos, no os fieis de cualquier espíritu, sino examinad si los espíritus vienen de Dios, pues muchos falsos profetas han salido al mundo... Vosotros, hijos, sois de Dios y los habéis vencido. Pues el que está en vosotros es más que el que está en el mundo...» (1 Jn 4, 1-6).

La advertencia de San Juan nos invita a la sagacidad. En la lucha por el Reino no podemos darnos el lujo de ser ingenuos. Una sagacidad que entraña sabiduría y se ejercita en el discernimiento. El discernimiento no es un simple ejercicio del espíritu propio, sino el reconocimiento de la obra de Dios y de las tentaciones del Demonio en un corazón dispuesto por la presencia activa del Espíritu Santo. Sólo por la apertura a la acción de Dios es posible el discernimiento. El espíritu superficial, lleno de sí, es incapaz: se deja fascinar por la apariencia de verdad que tienen todos los profetas de la mentira y de la vanagloria. Tampoco el discernimiento consiste en atender a un vaivén de reacciones interiores, como si fuesen autónomas. Todo «movimiento de espíritus» tiene un origen: «Presupongo ser tres pensamientos en mí, es a saber, uno propio mío, del cual sale mi mera

libertad y querer, y otros dos que vienen de fuera, el uno que viene del buen espíritu y el otro del malo» (EE. 32).

Discernirlos consiste en desvelar su origen y su direccionalidad, para no dejarse engañar por el mal espíritu y seguir siempre las inspiraciones del Señor. Finalmente, el discernimiento no se ejercita desde una postura aséptica, como si fuésemos espectadores en una lucha que nos es ajena. Se discierne desde la fundamental adhesión al Señor, desde el deseo de «vencer a sí mismo y ordenar su vida sin determinarse por afección alguna que desordenada sea» (EE. 21).

De ahí que San Juan proclame un criterio claro de discernimiento (4, 2-3): la confesión del escándalo de la encarnación, la proclamación de Jesucristo, el Verbo de Dios venido en carne. El mal espíritu siempre divide, y divide a Jesús. Así niega la unidad. La división frente a Cristo y a su Iglesia es el signo de la presencia de los anticristos y del Demonio. Toda forma de división, de maniqueísmo, reedita el pecado de los primeros ángeles (a quienes una tradición teológica atribuye la negativa al proyecto de la encarnación). Confesar que el Verbo de Dios es venido en carne, «indivise et inconfuse», es del espíritu de Dios. Llama la atención que, a lo largo de la historia de la Iglesia, toda desviación tiene una fuerte incidencia en el Cuerpo del Señor: o con la Eucaristía, o con los pobres (que son el cuerpo doliente de Cristo), o con el cuerpo de la Iglesia, especialmente contra su unión con la cabeza. Hacemos nuestro discernimiento desde la fe en el Verbo de Dios encarnado, nacido de Santa María Virgen por obra del Espíritu Santo, que padeció y murió bajo el poder de Poncio Pilato y que resucitó al tercer día. Lo hacemos, desde la fe en Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, cuya naturaleza humana está «indivise et inconfuse» unida con su divinidad.

Conocimiento interno de los engaños del Demonio

La petición que San Ignacio propone apunta a la sabiduría y sagacidad: «Pedir conocimiento de los engaños del mal caudillo y ayuda para dellos me guardar, y conocimiento de la vida verdadera que muestra el summo y verdadero capitán, y gracia para le imitar» (139).

Y esto es aceptar la bandera de Cristo, alistarse en su seguimiento, pero como vencedores (1 Jn 2, 4; 2, 20 ss.,27), renovando nuestra fe en que es bandera de victoria. Porque aquí también, en la lucha contra la apariencia y la vanidad de las pseudo verdades del Malo, podremos ser engañados «bajo ángel de luz» (2 Cor 11, 14), y entonces gustaremos la peor derrota: comenzar a seguir la bandera de Cristo,

y –poco a poco– ir quedándose atrás... Es la derrota de haber perdido la «primera caridad» (Apoc. 2, 4; Jerem 2, 2). Es la tentación peor: una vez que se está en la casa como mayordomo, se apalea a los jornaleros. Y el fin de este hombre resulta peor que el principio: Lc 11, 26.

Riqueza, vanagloria, soberbia

La escalada del Demonio siempre es la misma en su raíz: riquezas, vanagloria, soberbia... y de allí a todos los pecados y vicios: «considerar el sermón que les hace, y cómo los amonesta para echar redes y cadenas; que primero hayan de tentar de codicia de riquezas, como suele «ut in pluribus», para que más fácilmente vengan a vano honor del mundo, y después a «crescida» soberbia; de manera que el primer escalón sea de riquezas; el 2º, de honor; el 3º, de soberbia, y de estos tres escalones induce a todos los vicios» (EE. 142).

El «estilo» ya comenzó en las tentaciones del mismo Señor en el desierto (Lc 4, 3 ss.), y fue retomado en toda la tradición cristiana (cfr. S.Th., 1-2, q.84, a.1: «Cupiditas... dicitur radix omnium peccatorum. Videtur enim quod per divitias homo acquirit facultatem perpetrandi quodcumque peccatum»).

Discernimiento de las idolatrías y conocimiento interno del Señor

El discernimiento es un instrumento de lucha, y luchamos para seguir más de cerca al Señor. Por ello no nos fiamos de cualquier espíritu y buscamos si vienen de Dios. Hay una relación muy estrecha entre el seguimiento del Señor y el conocimiento que tengamos de Él. Lo conocemos inicialmente, con una cierta connaturalidad, que no es otra cosa que la presencia del Espíritu Santo que mueve nuestro «corazón inquieto» por hallar Su descanso. Pero es el mismo seguimiento quien –a lo largo del camino– nos devela más Su Corazón, Su misterio. De ahí que, para conocer a Dios y servirlo más estrechamente, hemos de insistir más en las disposiciones del corazón que en el trabajo de la inteligencia: «El ojo de nuestra intención debe ser simple, solamente mirando para lo que soy criado...» (EE. 169). Sólo el corazón puro ve a Dios (Le 11, 34 ss.; Mt 5, 8).

Diversas idolatrías

En el seguimiento del Señor, cuando está ausente la lucha o la vigilancia, suele sobrevenir una larvada tentación de idolatría: hacer de los dones del Señor o del mismo Señor un objeto reducible a nuestras categorías egoístas. Sucede como si

fabricáramos mediaciones ineficaces, que –en el fondo– resultan ídolos, para poner allí nuestra esperanza. Un corazón vigilante y sagaz con la sabiduría del Espíritu sabe de esta debilidad de controlar a Dios, de conformarse con lo que ha logrado y –por ello– con humildad siempre deja sitio a la Palabra de Dios para que destruya los ídolos que hacen pesado el seguimiento y desfiguran el conocimiento: has perdido la primera caridad, mantienes sentimientos que responden más a la doctrina de Balaam, toleras decisiones más propias de Jezabel, ésa que engaña a los siervos de Dios, estás muerto en tal o cual sitio, tus obras no son colmadas en la presencia del Señor, eres tibio (cfr. Apoc 2, 4, 14, 20). Cuando descubrimos nuestro corazón poseyendo esos ídolos, que son como verdaderos «terafim» por el cariño familiar que les hemos tomado, nos hará bien escuchar la recriminación profética contra la idolatría(Is43,10-13), sabiendo que Jesús ha vencido toda tentación posible, incluso la tentación de cerrarse en los dones de Dios, apropiándose los.

El seguir de cerca su bandera pondrá de manifiesto muchas cosas ocultas en nuestro corazón

Romper los ídolos del seguimiento del Señor es aceptar que Jesús es signo de contradicción; el creyente generoso busca esta contradicción, porque sabe que allí no hay posibilidad de engañarse: «Es de notar que cuando nosotros sentimos afecto o repugnancia contra la pobreza actual, cuando no somos indiferentes a pobreza o riqueza, mucho aprovecha para extinguir el tal afecto desordenado pedir en los coloquios (aunque sea contra la carne) que el Señor le elija en pobreza actual; y que él quiere, pide y suplica, sólo que sea servicio y alabanza de la su divina majestad» (EE.157).

Por ser signo de contradicción, en Jesús «son develados los secretos de los corazones». Nada hay oculto que no se manifieste. Él se adhirió, de manera dramática, a la Voluntad de Su Padre: así luchó y venció. El acercarnos a su lema, el seguir de cerca su bandera, pondrá de manifiesto muchas cosas ocultas en nuestro corazón. Es el único camino para no equivocarnos en el saber qué sentimos, a qué nos conduce nuestro corazón... es el único camino para discernir bien.

Discernimiento de la mentira y cruz

La mentira que crece

La mentira, como toda tentación del Malo, crece. La invitación de Satanás es «echar redes y cadenas» (EE.142), y lo hace desde la misma confusión, dividiendo (divise et confuse): «...en una grande cátedra de fuego y humo». Allí radica la suficiencia del propio juicio, el temor nacido del respeto humano (cfr. Jn 8, 55 ss.; 9, 41; 12, 43). El Demonio, desde el principio, trabaja por matar al hombre (Jn 8, 44), y –poco a poco– va preparando el corazón, como el de Judas, para poner allí el deseo de la traición final (Jn 13, 2). La mentira crece hasta la cruz, allí es vencida. En la medida en que nos adhiramos a la cruz del Señor, en pobreza, deseo de humillaciones y humildad, podremos vencer la mentira del Diablo, no dejarla crecer más.

La verdad de la cruz

En la cruz se manifiesta el buen espíritu en su totalidad; pues se manifiesta que el Verbo es venido en Carne. El Demonio busca evitar esta manifestación, esta «hora» de gloria del Señor, porque su pecado inicial fue siempre rechazar la encarnación, la humillación del Verbo... y como no pudo evitarlo, procura impedir su gloriosa manifestación. Los seguidores del Demonio se establecen en la mentira (1 Jn 2, 20, 22, 27); no pueden abrirse al conocimiento de Dios (1 Jn 4, 6). El amor de Dios no está en éstos (1 Jn 2, 15).

Una vez manifestada la cruz con la fuerza de la resurrección, entonces la mentira se debilita, y se entrevé su dimensión de patraña. Ya no tiene fuerza de fascinación en sí misma, y se debe recurrir al «negocio sucio» explícito: «... reunidos con los ancianos, celebraron consejo y dieron una buena suma de dinero a los soldados, advirtiéndoles: “Decid: sus discípulos vinieron de noche y le robaron mientras nosotros dormíamos. Y si la cosa llega a oídos del Procurador, nosotros le convenceremos y os evitaremos complicaciones”. Ellos tomaron el dinero y procedieron según las instrucciones recibidas. Y se corrió esa versión entre los judíos, hasta el día de hoy» (Mt 28,12 ss.).

Mentira y falta de vigilancia

Cuando el siervo deja debilitar su vigilancia, se adormece su fidelidad; y quien, en un comienzo, se dejó dormir por la pereza y por el poco cuidado de las cosas de su Señor, termina por hacerse el dormido para no perder la paga. Ya no se distingue el sueño reparador de un trabajo digno, de lo que es la somnolencia cómoda, mentirosa, coimera. Y partiendo del corazón de un siervo infiel, la mentira se

promete reordenar las relaciones entre los hombres, siempre que éstos acepten «hacerse los dormidos»; entonces señorea el pecado social, que sobrevive por generaciones, gracias a esa capacidad de adormilamiento comprado. Siempre que encontremos pecados sociales afincados, descubriremos pastores adormecidos o que vendieron sus conciencias o que, simplemente, han perdido la capacidad de contemplar a Su Señor, pues «sus ojos están cargados» (Mí. 26, 43) y sus corazones «dormidos por la tristeza» (Lc 22, 45) y el temor a la cruz. ¡Ay de los pastores que evitan la cruz! De una u otra manera anida en sus conciencias la bravuconería de Pedro: «Señor, estoy dispuesto a ir contigo hasta la cárcel y la muerte» (Lc 22, 34), o peor aún: «Aunque todos se escandalicen, yo no» (Mc 14,29).

Puede conocer y seguir al Señor quien se dispone a recibirlo de todo corazón (Sab 1, 1). En cambio, los corazones inatentos, dispersos, superficiales, centrados en cualquier otra cosa y no en lo esencial, matan el deseo de Dios y su Misterio. Contra estos hombres que son camino, tierra sin hondura, pedernal y abrojos, en los que no puede haber fruto, están en la Iglesia los hombres y mujeres de ¡grandes deseos!, los que –a lo largo de toda su vida– buscan «lo que más conduce».

Estamos frente a la lucha de las «Dos Banderas» La de Cristo, Señor nuestro, que nos propone un camino de pobreza, deseo de oprobios y menosprecios y humildad. La del Demonio, enemigo de la natura humana, que nos seduce con riquezas, vanagloria y soberbia. El Malo procurará que añoremos ajos y cebollas, pero ocultando a nuestros ojos que eran alimento de esclavitud. Jesús nos irá diciendo, con mansedumbre, las bienaventuranzas. Esta lucha se da en mí, se da en los pueblos, se dio a lo largo de toda la historia. Nos hará bien recordar las palabras de Moisés: «Mira, yo pongo hoy ante ti vida y felicidad, muerte y desgracia» (Dt 30,5). Concluyamos con un coloquio a Nuestra Señora «porque me alcance gracia de su Hijo y Señor, para que yo sea recibido debajo de su bandera, y primero en suma pobreza espiritual, y si su divina majestad fuere servida y me quisiere elegir, y me quisiere rescibir, no menos en pobreza actual; 2º, en pasar oprobios e injurias por más en ellas le imitar, sólo que las pueda pasar sin pecado de ninguna persona ni displacer de su divina majestad, y con esto un Ave María» (EE 147). Y pedir lo mismo al Hijo y al Padre.

EL SEÑOR QUE NOS REFORMA - «LA GENTE QUIERE UN PASTOR, NO UN EXQUISITO QUE SE PIERDE EN LA MODA»

EL SEÑOR QUE NOS DESPOJA Y NOS PURIFICA: LOS «TRES BINARIOS»

Cuando San Ignacio, en los Ejercicios, nos pone delante de esos tres grupos de personas, de esos «Tres binarios» como él los llama, pretende algo más que la mera ejemplificación de una postura. Como genial estratega del Reino sabe muy bien que «sólo éste es lo absoluto y todo el resto relativo», y es «tan importante que, en relación a él, todo se convierte en lo demás» (Ev. Nunt 8). Sabe que, el seguimiento del Señor nos exige «un total cambio interior, que el Evangelio designa con el nombre de metanoia, una conversión radical, una transformación profunda de la mente y del corazón» (Ev. Nunt. 10).

San Ignacio sabe también que «la palabra de Jesús es tan poderosa que cambia el corazón del hombre y su destino» (Ev. Nunt. 11). Y, al ponernos ante la radicalidad del mensaje de Jesús, pretende hacernos vislumbrar la desafiante misión que ha encomendado a su Iglesia: «tratar de convertir al mismo tiempo la conciencia personal y colectiva de los hombres, la actividad en la que ellos están comprometidos, vida y ambientes concretos» (Ev. Nunt. 18).

Dos cosas, pues: primero, el mensaje de Jesús es absoluto, y conviene que examinemos de nuevo si para nosotros «todo lo demás, es realmente todo lo demás». Segundo, su misma radicalidad pretende «con su influjo, transformar desde dentro, renova (a la misma humanidad... sabiendo que no hay humanidad nueva si no hay en primer lugar hombres nuevos, con la novedad del bautismo y de la vida según el Evangelio» (Ev. Nunt. 18). Por eso San Ignacio, antes de la elección, nos pone frente a todo aquello que puede obnubilar la radicalidad del Evangelio: nos pone ante la famosa «cosa adquirita» (EE. 150). Y todos nosotros tenemos «cosas adquiritas » éste el momento de preguntarnos cuál es mi cosa adquirita: ponerle nombre y apellido, para no dejarme dominar por ella sino por el Señor de todos. Y más en concreto preguntarnos: cuáles son las cosas adquiritas que impiden nuestra institucionalización al servicio de la Iglesia, nuestra institucionalización como pastores. Mencionemos algunas posibles, a modo de guía, para que nos sirvan de ayuda.

Mi hegemonía

Mi hegemonía, queme lleva a confundir la parte con el todo; a pensar que lo mío, lo que yo estoy haciendo, es lo único viable en el trabajo que debe hacer la Iglesia aquí en España. Y, sin embargo, entendamos que no hay posibilidades de que seamos cuerpo vivo, de que seamos una real Institución viva, mientras no aceptemos y amemos el cuerpo todo de la Iglesia; mientras no nos convenzamos de que nuestra actividad, sea cual fuere, es tan sólo un territorio pero no todo el espacio del trabajo apostólico. Pretender que todos seamos lo mismo, que haya «opciones radicales» de toda la gente en tal o cual campo, es alejarse precisamente de la real radicalidad del Evangelio, es pensar que lo que nos salva es la actividad que yo estoy haciendo, o cómo yo lo estoy haciendo; o el enfoque que doy a las cosas.

Muchas veces quisiéramos que, en la obra en que estamos, trabajaran otros más jóvenes que nos sucedieran... y –sin embargo– vemos que son enviados a trabajos de poco lustre: cuidar ancianos, formar a jóvenes... Cuando nuestro corazón está cerrado en su proyecto, suficiente, no sabe de la riqueza que supone para un Cuerpo institucional el fortalecer el corazón de los que crecen y dar ternura a la memoria de los ancianos. Otras veces nos da pena no contar en nuestro trabajo con hermanos nuestros cuya única actividad pareciera ser neutralizar... Y, sin embargo, neutralizar muchas veces supone conquistar... muchas veces es rescatar a un hermano.

Puede ser una suerte de orgullo apostólico, que no es lo mismo que el reconocimiento sano de lo que Dios obra a través nuestro y hace que seamos «la consolación» para muchos hermanos nuestros. Es una especie de orgullo que nos puede hacer aparecer como «la novedad», como los que están en el ruido, «en la cosa», los que no pierden el tiempo, en fin, los que «saben lo que hacen». Los que no son empresarios o negociantes (aunque a veces sabemos de negocitos y tengamos nuestra empresitas)... Y esto nos puede llevar a cerrarnos, a no ser abiertos y sensibles a todo lo que ocurre en la Diócesis o en la Iglesia: los problemas de otros, la salud de los ancianos, la formación de los más jóvenes... Si la «cosa adquirida» mía es ese deseo de hegemonía, tampoco nos hagamos ilusiones que lo vamos a solucionar declarando sobre pluralismos. Aquí el único pluralismo admisible es el de la misión apostólica recibida; ése construye la unidad, nos hermana. No hay sitio para pluralismos al margen de la Cabeza y el Cuerpo: en el fondo son hegemonías disfrazadas.

Mi conciencia

Mi conciencia. Cuando la defendemos como «cosa adquirida» totalmente aparte del sentir de cuerpo, de la conciencia de los fieles. Es cuando confundimos el dogmatismo con la doctrina, el descuelgue con la conducción pastoral. Allí caemos en las consabidas posturas que manosean al pueblo de Dios. O pienso que «yo soy el que tengo conciencia, y los fieles no, porque son ignorantes, alienados, etc.», y entonces en vez de pastorear, manejo. O, la otra postura, «yo no tengo ninguna conciencia de lo que conviene hacer, y el pueblo sí», y entonces eludo mi conducción de pastor. En la base de estas dos posturas hay prenotandos ocultos: «Yo no soy pueblo», «al pueblo no se lo puede conducir», «el pueblo no necesita de pastor», «el pastor debe ser obediente sólo al pueblo», «el pueblo no sabe nada», etc.

Cuando mi conciencia está tan aislada de la conciencia de la porción de pueblo fiel de Dios que debo pastorear, entonces es el momento de preguntarnos por «mi cosa adquirida». ¿Qué defiendo con este aislamiento? ¿Un caudillismo pastoral? ¿Un rol exquisito que me lleva a ser «peinador de ovejas» en vez de ser pastor? La realidad pastoral es que la gente quiere que la religión la acerque a Dios, que el cura sea un pastor, y no un tirano, o un exquisito que se pierde en las fiorituras de moda. A veces formulamos esto hablando de «mi experiencia», a la que ciertamente no podemos negarle valor, pero podemos usarla mal. Por ej., muchos años de pastoral, casi autodidactas en el medio, hace que me enraíce en mi sabiduría y no en la de Cristo; mi «cancha», no la inspiración del Espíritu Santo; mi saberlo todo; mi moverme cómodo; mi sobrar a la gente; mi no querer consultar a nadie de mis problemas, de mis planes pastorales: anuales, trienales, quinquenales inamovibles... mi ineficacia al no haber preparado cristianos que puedan actuar sin mí, etc. Detrás de estas «cosas adquiridas» subyace un increíble espíritu de suficiencia. Sin llegar a las posturas de aquellos que, «con lamentable superficialidad, acusan a la Iglesia de haberse desviado de su esencial misión evangelizadora» muchas veces caemos nosotros en suficiencias que atentan contra la edificación y unidad del cuerpo de la Iglesia. Y la principal es «el creer que uno ha alcanzado ya definitivamente a Cristo». Eso es «seguridad en sí mismo y desprecio de los otros», «cuando cada uno cree tener la clave infalible para la solución de todos los problemas; cuando, por ejemplo, en la Iglesia algunos creen que son los únicos pobres y que han entendido el evangelio, que han descubierto el secreto para hacer más transparente y cercano a Jesucristo o que son los únicos verdaderamente comprometidos con la liberación del hombre, mientras otros

sienten que son los únicos fieles a la riqueza de la tradición o se sienten maestros infalibles de sus hermanos». Este espíritu de suficiencia nace del Malo, del padre de la mentira quien—por ese camino— va llevando a la Iglesia al desmembramiento, la división, las tensiones... porque ciertamente «las tensiones se originan con frecuencia por el pretendido derecho a la exclusividad de la verdad y de la santidad. La paz sólo se da entre corazones disponibles; y la disponibilidad supone la pobreza» (el no tener «cosas adquiridas»).

Mi poder y mi inamovilidad

Y aquí tocamos otra «cosa adquirida»: Mi poder. Cuando quiero tener, en mi acción pastoral, un poder que no es precisamente el poder que me dio Jesucristo. O alquilando poderes a otros «señores», o creyendo que la acción pastoral debe estar totalmente desposeída de poder. Cualquiera de estas dos posturas nos aleja del poder real con que nos misionó el Señor: bautizar, enseñar la doctrina, ayudar a cumplirla, bendecir, curar, perdonar... (cfr. Mt28,19-20; Jn20,22-23; Mc 16,15-18).

Mi inamovilidad ya sea local o de actitud, puede resultar otra de las «cosas adquiridas» que me apartan del total servicio del Señor. Ese «yo obedezco, pero dentro de este perímetro, de esta diócesis, de este lugar». Esto ataca a la raíz misma de la institución, porque privilegia mi comodidad estática al siempre molesto pero fecundo «ser enviado en misión».

Bueno, podríamos seguir enumerando «cosas adquiridas», y catalogándolas. Cada uno busque en su corazón (porque ése es el camino) dónde tiene su tesoro, su cosa adquirida. Y, junto con esas cosas, recuerde la otra adquisición, la que nos ganó Jesucristo, ese «pueblo adquirido para pregonar las excelencias del que os llamó de las tinieblas a su luz admirable» (1 Pedr 2, 9), recordemos esos rostros concretos de nuestra diócesis que nos fueron encomendados para el pastoreo... y comparemos las dos adquisiciones: la de mi corazón mezquino y la adquisición del Señor. Y así, decidamos.

Nos hará bien recordar que toda «cosa adquirida» atenta contra la unidad de la Iglesia, divide para confundir. Lo que nos separa de la armonía del Cuerpo de la Esposa de Cristo es siempre algo mezquino que queremos conservar para nosotros. En cambio, el esfuerzo constante por la concordia y la unidad ahuyenta al demonio de la división y nos fortalece en nuestra pertenencia a la Iglesia. San Ignacio de Antioquia lo recordaba a sus Efesios (cap. 13): «Procurad reuniros con más frecuencia para celebrar la eucaristía y la alabanza divina. Cuando os reunís con

frecuencia en un mismo lugar, se debilita el poder de Satanás, y la concordia de vuestra fe le impide causaros mal alguno. Nada mejor que la paz, que pone fin a toda discordia en el cielo y en la tierra». Y que el Señor os conceda «el no querer aquello ni cosa ninguna, si no nos moviere sólo el servicio de Dios nuestro Señor» (EE. 155).

EL SEÑOR, MUERTE Y RESURRECCIÓN - «VIVIR LA PAZ NO SIGNIFICA CONSERVAR LA TRANQUILIDAD»

LA CRUZ DEL SEÑOR

Una vez hecha nuestra elección o reforma de Vida nos vamos a los pies del Señor junto al madero de la cruz para pedirle que nos fortalezca para llevarlo adelante, siguiendo el antiguo adagio acerca de la dinámica de los ejercicios: «Deformata reformare », reformar lo que ha sido deformado por el pecado; «reformata conformare», lo reformado configurarlo con la vida del Señor; «conformata confirmare», lo configurado fortalecerlo frente a la Pasión y la Cruz del Señor; «confirmata transformare», lo confirmado transfigurar a la luz de la resurrección. Cristo fue ungido en la Cruz. Dedicaremos esta meditación a contemplar el madero de la Cruz. Así, solo, sin el cuerpo del Señor. El madero que se ha convertido en parámetro para el seguimiento de Cristo. Contra esa cruz se estrellaron –a lo largo de los siglos– las insidias y las persecuciones... en ellas se despedazan nuestros falsos mesianismos, las esperanzas no cristianas, los egoísmos disfrazados de generosidad o celo apostólico. La cruz de Jesús nos lleva a Él, que es la Verdad, el Camino, la Vida. Para los no creyentes, la cruz no era más que un patíbulo, una vergüenza donde se purgaban los crímenes. Para nosotros es algo muy distinto: supone el despojo, ese despojo desde dentro... pero también es la SPES UNICA. Así sucede con las cosas del Señor, con la Cruz: comprendemos su real sentido según el «espíritu» con que la miramos. En las cosas de fe siempre tenemos a mano alguna «razón» o alguna «interpretación» humana cerca de nosotros como para no aceptar el mensaje del Señor. Por momentos creemos saberlo todo, y esto nos lleva a no saber nada; a veces nos sucede lo que a los discípulos de Emaús: pensaban que conocían mucho al Señor... y de tanto suponer que lo conocían, no lo reconocieron.

Dejad que nuestros ojos se carguen de contemplación mirando el madero pelado de la cruz. Sin ciencias previas, sin determinismos... permitid que nos interpele y nos diga que allí está la sabiduría, la clave de interpretación de la vida, la esperanza. La vida cristiana es una milicia, supone lucha, pero «nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los Principados, contra las Potestades, contra las Dominaciones de este mundo tenebroso, contra los Espíritus del Mal que están en las alturas» (Ef 6, 12). Para vencer en esta lucha no nos sirven las armas fabricadas a nuestra medida: necesitamos de las «armas de Dios» (ibid.) para vencerlo todo y mantenernos” (ibid.); Y el arma de Dios es la CRUZ. Allí fue vencido el Malo de

una vez por siempre. Cuando asumimos la cruz como salvación, entonces sentimos en nuestro interior que «esta guerra no es nuestra sino de Dios»(2 Cron. 20, 15) Y que es Él precisamente quien lucha por nosotros. Esto sucede cuando nuestra humildad, la humildad de saberse necesitado de la salvación, se aferra a la Cruz porque ha aprendido que gloriándose en su flaqueza hace habitar en sí la fuerza de Cristo: «Por eso me complazco en mis flaquezas, en las injurias, en las necesidades, en las persecuciones y las angustias sufridas por Cristo; pues, cuando estoy débil, entonces es cuando soy fuerte» (2 Cor 12,10).

Aquí radica el misterio de la cruz: sólo lo comprenden quienes «son débiles», «los pequeños», aquellos que renuncian a toda otra hermenéutica de vida y que saben que hay que dejar «que los muertos entierren a sus muertos». ¡Sabiduría difícil ésta de la debilidad y la pequeñez para entender la cruz! En esa búsqueda de la pobreza contra la riqueza, de la humillación contra la vanidad y de la humildad contra la soberbia está la invitación ignaciana, de todos los días, para asumir la Cruz.

La pequeñez del Reino supone despojo, el cual irá apareciendo en las diversas etapas de nuestra vida. No por casualidad Jesús, en medio de la paz y alegría de la resurrección, le recuerda a Pedro que debía seguirlo en el despojo: «En verdad, en verdad te digo: cuando eras joven, tú mismo te ceñías, e ibas adonde querías; pero cuando llegues a viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará a donde tú no quieras» (Jn 21, 18). La tentación nuestra será la misma de Pedro: inquirir en la vida ajena, marearnos con los chismes... «Señor, y éste, ¿qué?» (Jn 21, 21). Que Jesús, bondadoso, nos dé la gracia de decirnos lo mismo que a Pedro y reubicarnos en nuestra vocación de despojo: «¿Qué te importa? Tú, sígueme» (Jn 21,22). Miremos la cruz, sola, patíbulo para unos, idiotez para otros... para nosotros fuerza de Dios, y –de a ratos– leamos suavemente lo que San Teodoro Estudita decía a sus fieles (Cfr. Disertaciones, PG 99, 691-699): «¡Oh, don valiosísimo de la cruz! Cuán grande es su magnificencia. La cruz no encierra en sí mezcla de bien y de mal, como el árbol del Edén, sino que toda ella es hermosa y agradable, tanto para la vista como para el gusto. Se trata en efecto, del leño que engendra la vida, no la muerte; que da luz, no tinieblas; que introduce en el Edén, no que hace salir de él. La cruz es el madero al cual subió Cristo, como un rey a su carro de combate para, desde él, vencer al demonio, que detentaba el poder de la muerte, y liberar el género humano de la esclavitud del tirano. Es el madero en el cual el Señor, como esforzado guerrero, heridos en la batalla sus pies, sus manos y su divino costado, curó las llagas de nuestras malas acciones, es decir, nuestra naturaleza herida de muerte por el dragón infernal. Primero hallamos la muerte en un árbol, ahora en

otro árbol hemos recuperado la vida; los que habíamos sido antes engañados en un árbol hemos rechazado a la astuta serpiente en otro árbol. Nueva y extraña mudanza, ciertamente. A cambio de la muerte se nos da la vida, a cambio de la corrupción se nos da la incorrupción, a cambio del deshonor se nos da la gloria. No sin motivo exclamaba el santo apóstol: «En cuanto a mí, líbreme Dios de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo; por él, el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo. Pues aquella suprema sabiduría que nace de la cruz ha desmentido la jactancia de la sabiduría del mundo y la arrogancia de lo que no es más que necedad. Los bienes de toda clase que dimanan de la cruz han destruido todo germen de malicia. Ya desde el principio del mundo, todas aquellas cosas que no eran sino figuras y anuncios anticipados de este leño, fueron signo e indicio de algo mucho más admirable que ellas mismas. Mira, si no, tú que deseas saberlo. ¿Por ventura no escapó Noé del desastre del diluvio, por decisión divina, él, su esposa, sus hijos y las esposas de éstos, y los animales de cada especie, en un frágil madero? ¿Qué significaba también la vara de Moisés? ¿No era acaso una figura de la cruz? Cuando convirtió el agua en sangre, cuando devoró las falsas serpientes de los magos, cuando con su golpe y virtud dividió las aguas del mar, cuando de nuevo las volvió a su curso, sumergiendo en ellas al enemigo y preservando al pueblo elegido. Semejante poder tuvo la vara de Aarón, figura también de la cruz, que floreció en un solo día, demostrando así quién era el legítimo sacerdote. También Abraham anunció la cruz de antemano cuando puso a su hijo atado sobre el montón de maderos. Por la cruz fue destruida la muerte y Adán fue restituido a la vida. En la cruz se gloriaron todos los apóstoles, por ella fueron coronados todos los mártires, santificados todos los santos. Por la cruz nos revestimos de Cristo y nos despojamos del hombre viejo. Por la cruz nosotros, ovejas de Cristo, hemos sido reunidos en un sólo redil y destinados al aprisco celestial». De la Cruz vayamos a casa de Nuestra Señora, donde sufre su soledad... Y, junto con ella, recitemos el himno a la Cruz que un pastor de nuestro pueblo quiso componer para la Cuaresma: Santa Cruz de Cristo, Árbol de la Vida: El Rey a la muerte Expulsó vencida. Santa Cruz de Cristo, Alianza y perdón; Fuerza de los pobres, Riqueza de Dios. Santa Cruz de Cristo, Firme estás de pie: Mientras todo pasa Sé nuestro sostén. Santa Cruz de Cristo, Cordero inmolado, Lávenos tu herida Abierta al costado. Santa Cruz de Cristo, Misterio de amor, Guía nuestros pasos Al Reino de Dios. Santa Cruz de Cristo, Oh, brazos abiertos: Reúne en tu Pueblo al mundo disperso. Santa Cruz de Cristo, Señal del cristiano: ¡Te adoramos, Cristo, Y en Ti nos gloriamos!

LA PAZ DEL SEÑOR RESUCITADO

¡¡... y tranquilizaremos nuestra conciencia en Él, en caso de que nos condene nuestra conciencia, pues Dios es mayor que nuestra conciencia, y conoce todo (1 Jn 3, 19-22).

En la cuarta semana, Ignacio nos hace contemplar a Jesús resucitado en su oficio de consolar a sus amigos. El Señor consuela haciéndose presente en medio de la comunidad reunida y mostrando sus llagas resucitadas, de las que brota la paz, esa paz que vence todos nuestros miedos.

El saludo de Cristo resucitado, «La paz con vosotros» (Jn 20, 19; 21,26) es la consigna del triunfo definitivo. Participar de ella, recibirla, es estar, ya, participando de la paz de la resurrección. La paz ha de ser el estado habitual de un religioso, de un sacerdote, de un obispo... porque –como mediador– tiene su corazón anclado en el sumo bien, en los «bienes de arriba». «Que estén fijos nuestros corazones allí donde están los verdaderos gozos» nos hace pedir la liturgia.

No hemos de confundir la verdadera paz con la ilusoria. Ésta es la de la ignorancia, la del yo cándido que gambetea la dificultad, la del rico Epulón ignorando a Lázaro. La verdadera paz crece en la tensión de dos elementos contrarios: es aceptación de un presente en el que nos reconocemos débiles y pecadores y –a la vez– superación del mismo presente como si ya estuviéramos liberados del límite del pecado. San Ignacio nos hace entrar varias veces en esta tensión explicitada en su «teología del como-si» («como si presente me hallase», nos hace sentir en el pesebre; y para hacer una buena elección nos hace pensar, nos da seguridad. En esta paz se gesta el coraje apostólico (parresía) y el aguante apostólico (hypomoné). Porque vivir la paz no significa conservar la tranquilidad. No se trata de la paz de la facilidad sino la de la exigencia. Ella no suprime la fragilidad ni las deficiencias. Esta paz es la que permite hacer elección y hallar la Voluntad de Dios. No es la paz del mundo (Jn 14, 27) sino la del Señor (Jn 16,33).

Nuestro Dios es el Dios de la paz (Rom 15, 33), que ha querido dárnosla a nosotros pacificándonos en Su Hijo (Rom 5, 1), para que también nosotros la trasmitiéramos y fuera vínculo de unión para guardar la unidad (Ef 4,3). Nos fue anunciada oficialmente, para todos, la noche de Navidad (Le 2, 14), y su eco llega hasta el domingo de Ramos.(Le19, 38). Nos había sido pedido que la buscáramos enderezando hacia ella nuestros pasos (Lc 1, 79), porque todos hemos sido llamados a vivir en paz (1 Cor 7, 15), en esa paz que custodia nuestro corazones y

nuestros pensamientos (Filip 4, 7) y nos inspira a buscar la paz con todos (Hebr 12, 14).

Rechazar esta paz nos aparta del temor de Dios (Rom 3, 17) y contrista el corazón de Cristo (Le 19, 42).

La paz es una bienaventuranza (Mt. 5, 9), y la buscamos porque, desde ella y con ella, hemos de guerrear por el Reino. El Señor nos lo advirtió: vino a traer guerra (Mt 10, 34), participación en la misma guerra que realiza Él, quien le dio cierto poder al demonio para quitar la paz de la tierra (Apoc 6, 4), pero finalmente, Él, el Dios de la paz, aplastará a Satanás (Rom 16, 20).

En esta guerra contra el Malo, la paz consolida nuestra valentía, no nos deja amedrentar en nada ante los adversarios (Filip 1, 28) Y –sobre todo– configura el «estilo de lucha», un estilo que nace de esa paz, guerrea en paz y gesta la paz: «Pero si ustedes están dominados por la rivalidad y el espíritu de discordia, no se vanaglorien ni falten a la verdad. Semejante sabiduría no descende de lo alto sino que es terrena, sensual y demoníaca. Porque donde hay rivalidad y discordia, hay también desorden y toda clase de maldad. En cambio, la sabiduría que viene de lo alto es, ante todo, pura; y además pacífica, benévola y conciliadora; está llena de misericordia y dispuesta a hacer el bien; es imparcial y sincera. Un fruto de justicia se siembra pacíficamente para los que trabajan por la paz» (Sant 3, 14-18).

En estas meditaciones sobre los misterios de la resurrección del Señor nos hará bien visualizarlo como el agente de la paz. Este es el sentido del «mirar el oficio de consolar, que Cristo nuestro Señor trae, y comparando cómo unos amigos suelen consolar a otros» (EE 224). La paz se enraíza por el consuelo: sólo sabe consolar quien primero se ha dejado consolar por el mismo Señor. Y sentir la mirada bondadosa y profunda del Señor quien, conociéndolo todo, nos dice con ternura: «Vete en paz, tu fe te ha salvado » (Mc 5, 34; Le. 7, 50; 8, 48).